ODAS

POR MELEAGRO

I

Ajeno de cuidados
Y de amorosas ansias,
Mi corazón tranquilo
De blanda paz gozaba;
Mas el rapaz ardiente
De la risueña Pafia
Que vagaba perdido,
Como vagar le agrada,
Llegóse revolando
A media noche á casa,
Y risueño me dice:
«Alma desamorada,
»¿En qué piensas? ¡no sabes
»Lo que será mañana,
»Y que el tiempo se pierde
»Que en amar no se pasa!
»Lleva la copa al labio,
»Bebe mi dulce-amarga
»Bebida;» y desde entonces
Atosigóme el alma:
Entre lindas doncellas
La bella Diofanta
Miré, y ella miróme;
Su amorosa mirada
Me rinde, me cautiva,
Me aprisiona y enlaza;
Ni la prisión me ofende,
Ni la fuga me agrada,
No quiero estar con ella,
Ni es posible dejarla.

II

Es la rosada Venus
Señora de la nave;

Amor es el piloto
Que rige el gobernalle,
Y con sus manos lleva
Mi vida do le place:
De afecto impetüoso
El viento me combate,
Y en el mar de las bellas,
Que es de todos los mares
El más tempestüoso,
Agitado, inconstante,
¡Ay mí! voy navegando,
¡Ay mí! que he de anegarme.

CANCIÓN DE LAS GOLONDRINAS

DE LOS NIÑOS DE RODAS

Ven, golondrina
De blancas alas,
Ojos brillantes,
Pechuga blanca.
Trae del buen tiempo
Las horas gratas.
¿Querré del fértil
Campo las plantas?
A ella le gustan
Tortas doradas,
Y vino, y queso
Puesto en canastas.
¿Nos darás algo, vecino,
O no vas á darnos nada?
Si algo nos regalas, bueno...
Pero si no, guarda, guarda,
Que nos hemos de llevar
La puerta de tu morada,
Y á más la mujer que tienes,
Y lo que dentro recatas.
No nos costará trabajo,
Que está bien poco medrada.

A ti quisiera llevarte,
Si das cosa que lo valga.
Abre, abre á la golondrina
Las puertas de tu morada.
Abre, que no son ancianos,
Sino niños los que llaman.

AMOR ARANDO

POR BIÓN

Depuesta la antorcha,
Guardado el carcaj,
La vara punzante
Blandiendo procaz,
Travieso Cupido
Por el campo va.
Del hombro le cuelga
Pesado costal,
Y el fértil terreno
Se apresta á labrar.
El yugo á los bueyes
Impone el rapaz,
Con diestra maniobra
El surco abre ya,
Y el grano de Ceres
Al ir á sembrar,
Mirando á la excelsa
Región celestial,
A Júpiter mismo
Dirígese audaz.
«¡Oh, Jove!—le dice—
Ya puedes enviar
Al campo que labro
Calor y humedad.
Si no, por mi Madre
Te juro veraz,
¡Oh, de Europa bella,
Cornudo animal!
Que en forma de toro

De nuevo bajar
De Olimpo á la tierra
Mis flechas te harán,
Y uncido al arado
Conmigo andarás».

ALEJANDRO MAGNO

POR J. P. MAHAFFY

J. P. MAHAFFY.—John Pentland Mahaffy: profesor é historiador de la época clásica en Irlanda. Nació en Champonnaire (Suiza), el 26 febrero, 1839. En 1871 fué nombrado profesor de historia antigua en el Colegio de la Trinidad, de Dublín. Ha publicado entre otros libros de historia, *Vida social en Grecia, Excursiones y estudios en Grecia, La vida griega y el pensamiento, Grecia bajo la dominación romana, Historia de la literatura clásica griega, El Imperio de los Ptolomeos.* De casi todas ellas se han hecho repetidas ediciones.

No hubo por todo el Oriente, en la tercera centuria A. C., ningún rey, que no se propusiese á Alejandro como modelo de lo que un monarca debía ser. Tanto domina su figura trascendental la imaginación de su edad y de la siguiente, que estudiando su carácter podemos obtener todos los materiales para el presente capítulo. Para este propósito es mucho más instructivo el brillante diseño de Plutarco el cual explícitamente profesa escribir la vida y no la historia del rey, que no la detallada crónica de Arriano. De ambos sacamos datos de hechos dudosos y aun fabulosos, pero también de otros que son ciertos y de un interés sin igual, pues que nos dan la pintura del hombre más extraordinario que jamás vivió. La sorprendente aparición de este joven de veinte años, llevado prematuramente al trono por la muerte de su padre, en medio de los disturbios causados por los enemigos interiores y exteriores, rodeado de recelosos amigos y tímidos consejeros, sin tesoro, sin aliados, y á pesar de esto afirmando sin vacilación alguna su genio militar, derrotando á sus bravos enemigos, intimidando á sus desleales súbditos, dominando las sediciones, y saliendo luego á la conquista del Asia y á unir en un todo homogéneo por un nuevo programa político dos continetes, esta maravilla había, probablemente, de fascinar al mundo; y si sus sucesores imitaron la inclinación á la izquierda de su cabeza, y el tocado leonino de su

cabellera, seguros estaban de intentar la imitación de lo más fácil y de lo más difícil : las maneras de su corte y la política de su reinado.

Aparte de su genio, que era único, su posición en Grecia era totalmente nueva ; en ella unió á su educación helénica en lengua é ideas, una cosa totalmente antihelénica : la majestad real. Durante generaciones enteras los reyes macedonios habían procurado aparecer como verdaderos griegos : habían conseguido se les reconociese su espléndida genealogía, innegable ventaja en aquellos días, pero sus otros derechos apenas si estaban aún establecidos. Verdad es que habían mantenido varios grandes poetas en su corte, y habían hecho componer odas y tragedias en favor de sus súbditos, pero ninguno de ellos, ni aun el mismo Filipo, que acababa de morir, habían sido estimados por verdaderos griegos. No obstante, Filipo estuvo más cerca de ello que sus antecesores ; había gastado su juventud en la gloriosa Tebas de Epaminondas ; estudió cuidadosamente la retórica de Atenas, y pudo componer discursos y cartas que tuvieron aceptación aun de tan descontentadizos estilistas como Demóstenes. Mas, aunque pudo asumir los modales griegos y hablar buen griego en sus momentos de seriedad cuando trataba de conducirse correctamente, todavía en sus diversiones se veía otra cosa muy diferente ; mostrábase entonces un tracio y se le traslucía la educación macedónica.

Sin embargo, vió tan á las claras la importancia de llegar á este elevado nivel, que no perdonó medios de educar á su hijo, y á la corte de éste, con la más elevada cultura.

No sabemos si fué casualidad ó claro juicio y conocimiento del carácter humano, lo que hizo elegir á Aristóteles como tutor de Alejandro (había otros muchos empleados en su educación) ; pero tenemos por cierto que la conversación de Aristóteles en palacio y entre los festivos compañeros de Filipo debió parecer muy extraña, por lo cual se eligió á Mieza, un sitio tranquilo y retirado de la corte, para residencia del príncipe. Allí Aristóteles hizo de él un griego en el verdadero sentido de la palabra. Cierto es que si comparamos el manifiesto de Alejandro á Darío, con lo que se llama carta de Filipo, Alejandro no escribía tan bien como su padre, pero aprendió á conocer y estimar los grandes poetas y á juntarse con hombres cultos y de sobrias costumbres. Todos dan testimonio de la dignidad y

Trinity College, Dublín.

De una fotografía de W. Lawrence, Dublín.

urbanidad de su trato, aunque al fin de las francachelas con sus íntimos molestaba á todos con sus aseveraciones y jactancias. Este defecto social no era desconocido entre los mismos griegos. Durante toda su vida sostuvo en griego su correspondencia epistolar, asistió á representaciones griegas, habló en griego á los griegos ; y aún podemos ver cuán profunda era su simpatía por el helenismo en su picante frase (in vino veritas), á dos griegos que asistían al fatal banquete donde Clito, veterano macedonio, prorrumpió en indecorosa altercación :—¿No os sentís como semidioses entre salvajes cuando estáis sentados en compañía de estos macedonios?

Podría decirse que el helenismo no era tan meticuloso en los días de Alejandro como en los de sus predecesores. No necesito debatir esta cuestión ; baste decir que aunque no hubiese hecho mundiales conquistas, hubiese sido reconocido como verdadero griego, y á propósito para ser contado entre los griegos más genuinos en oposición á los más acreditados bárbaros. El heleno más puro, tal como el espartano Pausanias, estaba sujeto á la degradación del carácter por las tentaciones del poder absoluto, no menos que un tracio ó un romano.

Por otra parte era un rey en un sentido completamente nuevo y desconocido á los griegos. Ellos sólo reconocían un rey, el rey de Persia como legítimo soberano que gobernaba con gran esplendor, pero sobre los bárbaros : así era, que estaban dispuestos á conceder otro rey que gobernase sobre bárbaros de menos importancia ; pero un rey sobre los griegos y en el verdadero sentido de la palabra era una cosa que no había existido jamás desde los días de la legendaria Grecia. Hubo, es cierto, tiranos, en gran número y varios de ellos apacibles y amigos de la cultura, protectores de los poetas, y hombres respetables ; hubo asimismo los reyes de Esparta ; pero los primeros eran mirados como miró la Iglesia á los heresiarcas de sus tiempos medioevales, como hombres cuyas virtudes no tenían valor alguno y cuyos crímenes eran imperdonables ; asesinarlos era un hecho heroico que borraba todos los pecados anteriores del asesino : los otros eran sólo generales respetables y hereditarios de una oligarquía, cuyos verdaderos gobernantes eran los éforos. Nada de esto se aproximaba á la idea del soberano concebida como la entendieron los macedonios, y los reinos medioevales y modernos de Europa.

Esto, en primer lugar, implicaba una sucesión legítima, tal como la poseían los reyes de Esparta, y con ella un derecho divino en el sentido más estricto. A semejanza de los espartanos, los reyes macedonios descendían de Júpiter directamente, por sus hijos y nobles héroes Hércules y Eaco. Pero mientras que los reyes de Esparta habían, hacía tiempo, perdido, si es que alguna vez los tuvieron, los derechos de Menelao que pudo ofrecer como regalo á un amigo siete ciudades habitadas, mientras que sólo retenían la religiosa preeminencia de su genealogía, los reyes de Macedonia habían conservado todos sus antiguos derechos y privilegios. Grote ve en ellos los mejores representantes de aquella prehistórica soberanía que encontramos en la Grecia de Homero ; pero en toda su historia no hace este escritor otra cosa que recalcar el hecho de la carencia de límites constitucionales de la autoridad real aun en los casos de vida ó muerte. Por otra parte los investigadores alemanes que conocen mejor la monarquía absoluta, ven en la asamblea de los macedonios libres, que se reunía de vez en cuando especialmente en casos de alta traición ó de la sucesión al trono, una resistencia parecida á los Concejos de la antigua Inglaterra. En realidad, parece haber habido dos poderes, supremos ambos, y que cada día podían haber roto entre sí, originando una situación de que sólo se saliese por la fuerza. Cierto es que los reyes macedonios condenaban frecuentemente á muerte, ó á castigos y torturas corporales á ciudadanos libres y aun nobles ; cierto es también que, frecuentemente, y con toda solemnidad apelaban á las asambleas militares ó de nobles para decidir en casos de vida ó muerte. Tales inconsecuencias no son imposibles donde está reconocido el derecho divino de los reyes y cuando la reunión de una asamblea está á la libre disposición del rey. Excepto en tiempo de guerra en que sus miembros se reunían armados, las asambleas no tuvieron probablemente medios para protestar, y la ínfima condición de su civilización les hacía ser indulgentes con las violencias de sus jefes.

Sin embargo, Niebuhr sugiere una solución muy probable de esta dificultad, comparando este hecho con el caso de los reyes francos, los cuales entre los suyos no eran más que príncipes, pero eran señores absolutos de los países que conquistaban. Así llegaron muchos reyes á ejercer ilegalmente un poder absoluto, transfiriendo sus derechos como conquistadores á

aquellos casos donde sólo eran limitados monarcas. Probable es también que, tanto ellos como los reyes macedonios, prefiriesen para oficiales de palacio, nobles de los países conquistados sobre los cuales tenían poder absoluto. De esta manera pudieron confundirse el poder absoluto y constitucional del Rey, y determinarse la extensión de cada uno por la fuerza del que ocupaba el trono.

Ahora bien ; que Alejandro ejerciese la autoridad absoluta sobre todos sus súbditos está fuera de duda ; difirió empero de lo que los griegos conocían con el nombre de tirano, en que reunía á los nobles, y les consultaba para dar una sentencia legal sobre un sujeto cargado con muchas acusaciones de crímenes contra la corona. Ningún tirano pudo hacer esto, pues carecía de la aureola de la legitimidad, y, por otra parte, no permitía entre sus súbditos género alguno de nobleza.

Parece que por mucho tiempo atrás las relaciones de los reyes y de los nobles en Macedonia habían sido las que fueron en la edad media en Europa ; había señores de inmensos territorios y muchos de ellos tenían derechos reales sobre sus provincias. No sólo se reunían estos grandes señores al rey, como á su natural cabeza, sino que se vanagloriaban de tenerse por sus sirvientes personales, y formar la casa real que en los tiempos helénicos llamóse *terapeia*. Los primeros reyes habían adoptado la práctica de llevar á la corte nobles jóvenes para que fuesen los compañeros del príncipe y formasen una orden de *pajes reales:* con esto, sin duda alguna, diseminóse entre ellos la lengua y cultura griegas, lo cual fué quizás, al principio, el principal objeto que se intentaba conseguir. En los tiempos de Alejandro, ya eran una parte permanente de la casa real y fueron educados para su servicio personal, para que le serviesen de ayudantes de campo, y fuesen sus gentiles-hombres de cámara, su brigada real de infantería y caballería é hiciesen en su servicio muchos oficios medio serviles que los grandes señores y señoras, aun en nuestros días, no se avergüenzan ejecutar por la Majestad Real.

Señalaré otra cosa no más, como ilustración curiosa de la posición de los reyes macedonios entre su pueblo : ninguno de ellos se satisfizo con una sola esposa, sino que ó tuvieron concubinas como todos los reyes de Europa y aun de Inglaterra hasta Jorge III, ó formalmente se casaron con varias esposas á un

tiempo, como lo hicieron Filipo y Alejandro. Estas prácticas llevaban siempre á constantes y sangrientas tragedias en la familia real. De todos los reyes macedonios el que no fué asesinado por sus parientes, tuvo que sufrir conspiraciones de éstos contra ellos. No obstante, lo que tiene aquí consecuencia más importante es la situación social de los bastardos ; éstos se colocan, no entre las clases deshonradas, sino entre los nobles y siempre son mirados como pretendientes al trono.

No es menester apuntar al lector las curiosas analogías de la historia medioeval de Europa : los hechos parecen basarse en que la sangre de los reyes era más noble que la de los más elevados nobles, y que aun cuando estuviese adulterada por una innoble madre era más sagrada que cualquiera otra de cualquier súbdito. Ciertamente que los macedonios no habían llegado á declarar morganáticos todos los matrimonios con los súbditos ; pero no estaban lejos de ello, pues sufrieron todos los males que tanto la historia inglesa como todas las demás pueden mostrar, dondequiera que las alianzas de los súbditos poderosos con el soberano están permitidas.

Así, Alejandro Magno, tercer rey macedonio de este nombre, estuvo real y completamente en la posición asignada por Herodoto á su predecesor más antiguo del mismo nombre, *un griego* en linaje, educación y cultura, y *rey de los Macedonios*, una posición desconocida y no reconocida en el mundo griego desde los días de aquella *Ilíada*, que el conquistador justamente apreció, como el mejor y más simpático para él, de todos los libros helenos. Añadamos que el texto revisado para él por Aristóteles estaba plagado de sentencias lisonjeras á la dignidad real y sobre la vida y muerte, las cuales han sido expurgadas de nuestros textos del poema. El tuvo la sanción del derecho divino, y, lo que era más importante, el práctico dominio sobre vida y muerte, mirando á los nobles como á sus criados, á las riquezas de sus súbditos como propias, manteniendo su corte con inmenso fausto, expresando en todas y cada una de sus acciones, como dice Grote, el principio : *l'État c'est moi*.

Pocas palabras bastarán para demostrar qué cambios se operaron en esta situación merced al influjo de sus maravillosas conquistas. A pesar de haber sido educado con considerable magnificencia, y mantener su corte con todo el esplendor que el acrecentado reino de su padre le permitía, dícese que no pudo

contener su admiración ante el lujo de las tiendas de Darío, tomadas después de la batalla de Iso. Cuando fué al baño preparado para su adversario y encontró todas las vasijas de oro puro, y olió el incienso y mirra que perfumaban toda la habitación, y pasó luego á una alta tienda comedor con espléndidas colgaduras y todos los enseres y equipo de un banquete oriental, dujo á sus ayudantes :—Bien : en esto hay algo de realeza.—En consecuencia, no hubo parte de la dignidad persa que él no adoptase : sábese que los gastos de su mesa (siempre comía tarde), ascendían diariamente á cerca de dos mil duros, cantidad á la que él mismo los fijó : ni nos ha de sorprender esto, cuando sabemos que comía tan públicamente como los reyes antiguos de Francia, rodeado de un brillante estado mayor, de oficiales, y pajes, con una guardia de corps, presente, y un trompeta pronto á llamar las tropas del palacio. Para su mesa se llevaba todo lo más exquisito que del mar y de muy lejanas provincias se obtenía.

En otros respectos, como en el vestido y las maneras, fué entrando gradualmente en la vida persa. Los grandes señores persas, después de combatir valientemente por su antiguo soberano pasáronse lealmente á su lado : sus dos esposas eran también princesas orientales y quizás han hablado muy poco los historiadores acerca de la influencia que pudieron ejercer en él, recomendándole oficiales y pajes persas. La lealtad de éstos, grandes aristócratas como eran, fué muy diferente de la de los macedonios que habían sido siempre súbditos privilegiados, y que ahora atribuían á sus propias proezas las asombrosas conquistas de su rey. Por otra parte, los orientales le aceptaron como monarca absoluto ; más aún, como cierta diminuta deidad á la cual rindieron prontamente el homenaje de adoración. Hay una curiosa y característica anécdota, la cual cuenta que cuando el rudo y boquifresco Casandro llegó, por vez primera á Babilonia con un encargo de su padre Antípatro, regente de Macedonia, vió á los orientales que se acercaban á Alejandro con sus habituales postraciones y no pudo menos de soltar la carcajada. Sintióse tanto de esto Alejandro y se enfureció en tanto grado que tomándole de la cabellera le aporreó la cabeza contra el muro, y no cabe dudar de que la muerte del rey, que sobrevino de allí á poco, libró á Casandro de algo peor. Así la distinción señalada por Niebuhr llevó á Alejandro, á preferir los orienta-

les que había conquistado y eran su absoluta propiedad, á los macedonios que no sólo estaban siempre rezongando, sino que tramaron varias conspiraciones contra él.

Había además otro aspecto de la corte alejandrina, que marca un nuevo orden de cosas : la escritura regular de un diario de la corte, *Efemérides*, donde se registran cuidadosamente los sucesos diarios, dió más importancia á la corte que toda la alcanzada bajo el régimen griego ó macedonio. Los boletines diarios de su última enfermedad han llegado á nosotros por mediación de Arriano y Plutarco, que los tomaron de estas Efemérides. A más de esto se sabe que enviaba constantemente varios despachos detallados á su patria, á su madre y á Antípatro, en los cuales daba minuciosas noticias de su vida.

En éstos encontraba el público nuevo género de placer y de negocios. El rey macedonio, criado en un país mucho más frío que Grecia, distaba mucho de ser griego en cuanto era menos frugal en su vida y tenía muy diferentes diversiones. El heleno, que era generalmente ciudadano y habitador de un país de denso cultivo, acudía para solazarse al gimnasio y la palestra, de las cuales el resultado más elevado y positivo eran los juegos olímpicos y otros, donde podía él obtener gloria por la lucha en los certámenes atléticos. Los hombres que estiman esta recreación son siempre abstemios y cuidadosos de mantenerse fuertes por un régimen especial y por el continuo ejercicio de los músculos. El ideal macedonio era muy diferente y más parecido á los de nuestros caballeros rurales, quienes se pueden permitir el lujo de despreciar la educación corporal en la abstinencia, comen y beben lo que quieren, aún más, beben frecuentemente con exceso, pero contrarrestan los malos efectos de esto con aquellos entretenimientos campestres que han producido siempre el tipo más hermoso del hombre—la montería, la caza y la pesca,—en realidad la vida del hombre natural y salvaje reproducida con artificiales ventajas.

En esta materia Alejandro se puso decididamente de parte de los macedonios contra los griegos. Dícese que á los que le aconsejaban corriese en el concurso de carreras en Olimpia, les contestó que lo haría cuando por competidores tuviese reyes : mas la mejor razón es, que él despreciaba aquella clase de corporal ejercicio ; no hubiese condescendido en privarse de sus reuniones de sociedad por las tardes, en las que bebía li-

bremente ; pero, sobre todo, se deleitaba tanto en la caza que no encontraba gusto alguno en los certámenes atléticos. Cuando penetró en los cotos de Darío, peleó contra el león y el oso, corriendo tales peligros que sus hazañas fueron conmemoradas en bronce por sus compañeros de caza. Sentía y aseguraba que estos entretenimientos, que requieren no solamente valor y serenidad, sino vivos é instantáneos arbitrios, son la mejor preparación para la guerra, en oposición al ejercicio atlético del cuerpo, el cual conocidamente produce obscuridad mental y corporal letargo.

Esta manera de pasar el día en persecución de la caza mayor y volver después á casa, á una comida tardía y jovial francachela, donde se discuten los hechos del día y se narran anécdotas semejantes, fué tan característica, que produjo un marcado efecto en las costumbres sociales de las generaciones siguientes. Los antiguos espartanos tuvieron también idénticas nociones ; despreciaban los concursos de la arena y gastaban su tiempo cazando en las selvas del monte Taigeto ; pero los días de la influencia espartana en el mundo ya pasaron, y, á la verdad, sólo los arcadianos y etolios entre los griegos tenían semejantes oportunidades.

Tratado aparte merecería la discusión completa de las innovaciones introducidas por Alejandro en el arte de la guerra. Mas baste notar aquí, además del abandono y cambio de los soldados ciudadanos por soldados profesionales, llevado ya á cabo por Filipo, el nuevo desarrollo dado por Alejandro á la caballería como la principal arma ofensiva del servicio militar. Todas sus batallas las ganó por cargas de caballería pesada, mientras que la falange formaba solamente el ala defensiva de su línea. Estuvo aún para convertir la falange al orden ligero, al tiempo de su muerte. Aconteció, debido á esto, que los más nobles y estimados de sus compañeros eran oficiales de caballería, y que de allí en adelante ningún general pensó sostener como Epaminondas una batalla con solos infantes. El arte militar de Oriente introdujo también el uso de los elefantes, pero esto fué contra la práctica de Alejandro, el cual no los usó en batalla alguna, según lo que hemos podido averiguar.

Creo que fuí el primero en llamar la atención sobre las curiosas analogías entre las tácticas de Alejandro y de Cromwell. Cada uno de ellos vivió en una edad en que la caballería pesada

era superior á la infantería si se la ordenaba bien y usaba con destreza. De aquí que ambos peleasen las más de sus batallas cargando con su caballería sobre el ala derecha, derrocando los caballos enemigos, y después, huyendo la tentación de perseguirlos, cargando de flanco á la infantería enemiga, decidiendo así el resultado. Entretanto ambos se sintieron lo bastante fuertes para no hacer caso de algún contratiempo en su ala izquierda por la caballería enemiga, que no estaba correctamente disciplinada, y se alejaba del campo de batalla persiguiendo á sus contrarios. Tan semejante es el desarrollo de estas batallas, que uno se siente inclinado á creer que Cromwell conocía la táctica alejandrina; sin embargo, no hay nada de eso. Cada uno de estos hombres encontró con su genio la mejor manera de emplear las fuerzas á su mando. Los compañeros de Alejandro, fueron Los Terribles de Cromwell.

En una cosa, sin embargo, no se apartó de las antiguas y caballerescas usanzas, no llegando por ello al ideal que de un gran general nos hemos forjado; siempre cargó al frente de su caballería y tomó parte en lo más enzarzado del combate. Por esto en cada batalla corrió el peligro de acabar la campaña con su propia vida. Puede decirse que tenía entera confianza en su suerte y que la carga del rey daba una fuerza inmensa á la carga de sus personales compañeros; pero nadie nos convencerá de que no eran mucho más elevadas las miras que de sus deberes tenía Aníbal, del cual se notó, que siempre tomó grandes precauciones por su seguridad y nunca se arriesgó como un combatiente; mas aquí como en todo, el ejemplo de Alejandro hizo la ley, y un buen número de sus sucesores encontró la muerte en los campos de batalla: por lo menos la causa principal de estos resultados funestos era aparentemente el imitar á Alejandro.

Por lo que á éste toca, los modernos historiadores están divididos en dos clases; primero, aquéllos que como Grote, le juzgan como un bárbaro medio civilizado, con ambición de conquistas, pero sin ideas de organización ó de verdadera cultura fuera del establecimiento de un fuerte poderío militar sobre una masa heterogénea de súbditos. Después, aquéllos que como Droysen, y son los más, y los que tienen mejores argumentos, afirman que el genio del rey cuando combatía en las batallas, no era mayor que el que mostraba al fundar ciudades, no sólo

como avanzadas ó puntos estratégicos, sino como emporios por los cuales el comercio y la cultura se esparciesen por el mundo. Dícese que disputó con Aristóteles, que quería tratase á los orientales como un amo, y que le contestó ser su política tratarlos como su general.

Bien sabemos por la «Política» de Aristóteles, que este filósofo, con toda su sabiduría, no se había desprendido de sus prejuicios helenos, y que á las naciones del Oriente las conceptuaba nacidas para la esclavitud. Aparte de la dudosa naturaleza de su teoría, pudo saber muy poco de los grandes señores arianos, bactrianos y sogdianos, los cuales por muchos siglos habían juzgado á los aventureros griegos que tuvieron ocasión de ver, lo mismo que más tarde los juzgaron los romanos. Pero Alejandro pertenece á una edad tan diferente de la de Aristóteles, como Tucídides de la de Herodoto, aunque eran contemporáneos en la vida, y él se determinó á llevar adelante el «matrimonio de Europa y Asia». A un heleno, el matrimonio con una extranjera le hubiese parecido un más ó menos desgraciado concubinato : los hijos de tal matrimonio no podían heredar ni un átomo insignificante de Grecia. Ahora los más grandes nobles macedonios estaban unidos á princesas medas y persas, y los griegos que habían llegado á ocupar un puesto distinguido en Palacio, tales como Eumenes, el secretario general, no tenían nada más que muchísimo orgullo al ser admitidos al mismo privilegio.

La costumbre de hacer y estrechar alianzas por los matrimonios hácese desde este tiempo un distintivo de la época : los reyes que un día estuvieron empeñados en mortal combate, son ahora los más ligados por el parentesco, como suegro y yerno, ó como cuñados : parece que no puede hacerse ninguna paz solemne sin alguna boda, y, sin embargo, estas bodas rara vez evitan nuevas guerras.

Todos los historiadores griegos condenan las tendencias persas de Alejandro, sus ropajes orientales y sus ceremonias extranjeras. No había más que uno de sus oficiales, Pancestas, que lealmente le siguiese, mereciendo por eso su favor : con todo, si recordamos los prejuicios griegos y cuán poca parte del Imperio formaba la población griega, podemos creer más en el juicio de Alejandro que en el de sus críticos. No hay duda de que el vestido persa era más conveniente para el país que el

macedonio; no hay duda, asimismo, de que Alejandro vió palpablemente que no podía, con un puñado de macedonios, sujetar un vasto Imperio, sin asegurar la simpatía de los vencidos. De todas maneras, él eligió encauzar los negocios de modo que le hiciesen expedito el camino de sus planes, ¿y quién dirá que lo hubiese conseguido haciendo lo que sus críticos prescriben?

Las relaciones que hay entre Alejandro y el Arte de sus días no nos detendrán mucho. Su ocupada y agitada vida no le permitió ser patrocinador de las artes como el segundo Ptolomeo de Alejandría ó el primer Atalo de Pérgamo. Pero sabemos que apreciaba el gran servicio que las artes podían hacer al esplendor de su realeza, y dícese que no permitió fuese su semidivina persona representada en el bronce ó en el lienzo, sino por el escultor Lisipo y el pintor Apeles. Si la famosa cabeza de Florencia, es en realidad copia de un trabajo de Lisipo, y si representa al famoso conquistador, son cosas que no constan aún con certeza; pero si lo es así, entonces aun en su asumida divinidad han quedado las huellas de las humanas pasiones, la imperfección del humano anhelo, la desesperación divina que hiere á todas las más altas naturalezas mortales, precisamente porque son altas y son mortales.

Mas tanto Lisipo como Apeles pertenecen á la anterior generación; de los artistas jóvenes no sabemos que favoreciesen á ninguno, exceptuando al extravagante Dinócrates con sus colosales fantasías que más parecen los sueños de un sicofante que las concepciones de un artista; á pesar de esto, encontraremos en sus tiempos jóvenes artistas, dignos, si algunos jamás lo fueron, de su protección.

A HESIODO

POR PÍNDARO

Epigrama

¡Salud, gran Hesiodo, quien dos veces
La doble infancia consiguió y obtuvo
Dos veces sepultura; quien enseña
A los hombres el medio más seguro,
De hallar con perfección medida exacta,
El saber en su término más justo!

ALEJANDRO

POR PLUTARCO

Envióle Darío una carta y personajes de su corte que intercediesen con él, para que, recibiendo diez mil talentos por los cautivos, conservando todo el terreno de la parte de acá del Eufrates, y tomando en matrimonio una de sus hijas, hubiese entre ambos amistad y alianza, lo que consultó con sus amigos; y habiéndole dicho Parmenión :—«Pues yo si fuera Alejandro, »admitiría este partido.—Yo también—le respondió,—si fuera »Parmenión» ; pero á Darío le escribió que sería tratado con la mayor humanidad si viniese á él ; mas si no venía, que iba al momento á marchar en su busca.

Mas á poco tuvo motivo de disgusto, por haber muerto de parto la mujer de Darío : dando bien claras pruebas del sentimiento que le causaba el que se le quitase la ocasión de manifestar su buen corazón. Hizo, pues, que se le diera sepultura, sin excusar nada de lo que pudiera contribuir á la magnificencia y al decoro. En esto, uno de los eunucos de la cámara, que había sido cautivado con la reina y demás mujeres, llamado Tireo, marcha corriendo en posta del campamento, y llegado ante Darío le refiere la muerte de su esposa. Después de haberse lastimado la cabeza y desahogádose con el llanto :—¡ Estamos buenos—exclamó,—con el Genio de la Persia, si la mujer y hermana del rey no sólo ha vivido en la servidumbre, sino que ha sido también privada de un entierro regio !—A lo que replicó el camarero :—Por lo que hace al entierro—dijo,—¡ oh, rey ! y á todo honor y respeto, no tienes de qué culpar al Genio malo de la Persia : Porque mientras vivió mi amada Estatira, ni á la misma, ni á tu madre, ni á tus hijos nada les faltó de los bienes y honores que les eran debidos, á excepción de ver tu luz ; que otra vez volverá á hacer que resplandezca el supremo Oromasdes ; ni después de muerta aquélla ha dejado de participar de todo decoro, siendo honrada con las lágrimas de los enemigos : porque Alejandro es tan benigno en la victoria como terrible en el combate. Al oir Darío esta relación, la turbación y el

amor lo condujeron á infundadas sospechas ; é introduciendo al eunuco á lo más retirado de su tienda :—Si es que tú—le dijo, —no te has hecho también macedonio con la fortuna de los persas, y todavía soy tu amo, Darío, dime, reverenciando la resplandeciente luz de Mitra y la diestra del rey, si acaso son ligeros los males que lloro de Estatira, en comparación de otros más terribles que me hayan acaecido mientras vivía, por haber caído en manos de un enemigo cruel é inhumano. Porque, ¿qué motivo decente puede haber para que un joven llegue hasta ese exceso de honor con la mujer de un enemigo? Todavía no había concluído, cuando arrojándose á sus pies Tireo, empezó á rogarle que mirara bien lo que decía, y no calumniara á Alejandro, ni cubriera de ignominia á su hermana y mujer muerta, quitándose á sí mismo el mayor consuelo en sus grandes infortunios, que era el que pareciese haber sido vencido por un hombre superior á la humana naturaleza ; sino que más bien admirara en Alejandro el haber dado mayores muestras de continencia y moderación con las mujeres de los persas, que de valor con sus maridos. Continuaba el camarero profiriendo terribles juramentos en confirmación de lo que había dicho, y celebrando la moderación y grandeza de ánimo de Alejandro, cuando saliendo Darío adonde estaban sus amigos, y levantando las manos al cielo :—¡ Dioses patrios—exclamó,—tutelares del reino ! Dadme ante todas las cosas el que vuelva á ver en pie la fortuna de los persas, y que la deje fortalecida con los bienes que la recibí, para que, vencedor, pueda retornar á Alejandro los favores que en tal adversidad ha dispensado á los objetos que me son más caros ; y si es que se acerca el tiempo que la venganza del cielo tiene fijado para el trastorno de las cosas de Persia, que ninguno otro hombre que Alejandro se siente en el trono de Ciro.—Los más de los historiadores convienen en que estas cosas sucedieron y se dijeron como aquí van referidas.

Alejandro, después de haber puesto á su obediencia todo el país de la parte de acá del Eufrates, se movió contra Darío, que bajaba con un millón de combatientes. Refirióle uno de sus amigos una ocurrencia digna de risa, y fué que los asistentes y bagajeros del ejército, por juego se habían dividido en dos bandos, cada uno de los cuales tenía su caudillo y general, al que los unos llamaban Alejandro, y los otros Darío. Empezaron á combatirse de lejos tirándose terrones unos á otros ; después

vinieron á las puñadas, y, acalorada la contienda, llegaron hasta las piedras y los palos, habiendo costado mucho trabajo el separarlos. Enterado de ello, mandó que los caudillos se batieran en duelo armando él por sí mismo á Alejandro, y Filotas á Darío; y el ejército fué espectador de aquel desafío, tomando lo que en él sucediese por agüero del futuro éxito de la guerra. Fué reñida la pelea, en la que venció el que se llamaba Alejandro, y recibió por premio doce aldeas, y poder usar de la estola persiana: así es como Eratóstenes nos lo ha dejado escrito; pero la grande batalla contra Darío no fué en Arbelas, como dicen muchos, sino en Gaugamelos; nombre que en el dialecto persa dicen significa «la casa del camello», á causa de que, en lo antiguo, un rey, huyendo de los enemigos en un dromedario, le edificó allí casa, señalando algunas aldeas y ciertas rentas para su cuidado. La luna del mes boedromión padeció eclipse al principio de los misterios que se celebran en Atenas; y en la noche undécima, después del eclipse, estando ambos ejércitos á la vista, Darío tuvo sus tropas sobre las armas, recorriendo con antorcha las filas; pero Alejandro, mientras descansaban los macedonios, pasó la noche delante de su pabellón con el agorero Aristandro, haciendo ciertas ceremonias arcanas, y sacrificando al miedo. Los más ancianos de sus amigos, y con especialidad Parmenión, viendo todo el país que media entre el Nifates y los montes de Gordiena iluminado con las hachas de los bárbaros, y que desde el campamento se difundía y resonaba una voz confusa con turbación y miedo como de un inmenso piélago, admirados de semejante muchedumbre, y diciéndose unos á otros que había de ser grande empresa el acometer al descubierto y repeler tan furiosa tormenta, se dirigieron al rey concluido que hubo los sacrificios, y le propusieron que se acometiera de noche á los enemigos, y se ocultara entre las sombras lo terrible del combate en que iban á entrar. Mas él, dijo aquella tan celebrada sentencia: «Yo no hurto la victoria.» A unos les pareció que había dado una respuesta pueril y vana, tratando de burla tan grave peligro; pero otros creyeron que había hecho bien en manifestar confianza en lo presente, y acertado para lo futuro en no dar ocasión á Darío, si fuere vencido, para querer todavía hacer otra prueba, achacando esta derrota á la noche y á las tinieblas, como la primera á los montes, á los desfiladeros y al mar: porque Darío con tan inmensas fuerzas

no desistiría de combatir por falta de armas ó de hombres, sino cuando perdiera el ánimo y la esperanza, convencido de haber sido deshecho en batalla dada á vista de todo el mundo, de poder á poder.

Dícese que encerrándose en su pabellón luego que éstos se retiraron, durmió con un profundo sueño la parte que restaba de la noche, fuera de su costumbre; en términos que se maravillaron los jefes, que habían ido á hablarle de madrugada, y tuvieron que dar por sí la primera orden, que fué la de que los soldados comieran los ranchos. Después, cuando ya el tiempo estrechaba, entró Parmenión, y poniéndose al lado de la cama, le fué preciso llamarle dos ó tres veces por su nombre: despertóse, y preguntándole éste en qué consistía que durmiese el sueño de un vencedor, cuando no faltaba nada para entrar en el más reñido de todos los combates, se añade haberle respondido sonriéndose:—¿Pues te parece que no hemos vencido ya, libres de tener que andar errantes en persecución de Darío que nos hacía la guerra huyendo por un país extenso y gastado?—Y no sólo antes de la batalla, sino que en medio del peligro se mostró grande é inalterable para tomar disposiciones y dar pruebas de confianza: porque aquella acción tuvo momentos de flaqueza y de algún desorden en el ala izquierda, mandada por Parmenión, por haber cargado la caballería bactriana con gran ímpetu y violencia á los macedonios, y haber enviado Maceo otra división de caballería fuera de la línea de batalla para acometer á los que guardaban los equipajes. Así es, que turbado Parmenión con estos dos incidentes, envió ayudantes que informaran á Alejandro de que iban á perderse el campamento y el bagaje, si, sin dilación alguna, no enviaba desde vanguardia un considerable refuerzo á los de reserva; y esto fué en el momento en que justamente estaba dando á los que por sí mandaban la orden de embestir. Luego que se enteró del aviso de Parmenión, dijo que sin duda estaba lelo y fuera de su acuerdo, pues con la turbación no reparaba que si vencían, serían dueños de cuanto tenían los enemigos, y si eran vencidos, no estarían para pensar en caudales ni en esclavos, sino en morir peleando denodada y valerosamente; y esto mismo fué la respuesta que mandó á Parmenión. Calóse entonces el casco, porque ya antes había tomado en su tienda el resto del armamento, que consistía en una ropa á la siciliana ceñida, y encima una sobrevesta de lino

doble, de los despojos tomados en Iso. El casco era de acero, pero resplandecía como la más bruñida plata, obra de Teófilo. Guardaba conformidad con él un collar asimismo de acero guarnecidos con piedras. La espada era admirada por el temple y ligereza, dádiva que le había hecho el rey de los citienses; y se la había ceñido, porque ordinariamente usaba la espada en las batallas. El broche de la cota era de un trabajo y de un primor muy superior al resto de la armadura: porque era obra de Helicón el mayor, y obsequio de la ciudad de Rodas, que le había hecho aquel presente: solía también llevarle en los combates. Mientras que anduvo disponiendo la formación, ó dando órdenes, ó comunicando instrucciones, ó haciendo reconocimientos, tuvo otro caballo, no queriendo cansar á Bucéfalo, que estaba viejo; pero cuando ya se iba á entrar en la acción, le trajeron éste; y en el momento mismo de montarle dió principio el combate.

Entonces, habiendo hablado con alguna detención á los tesalianos y á los demás griegos, luego que éstos le dieron ánimo gritando que lo llevara contra los bárbaros, pasó la lanza á la mano izquierda, y tendiendo la diestra, invocó á los dioses, pidiéndoles, según dice Calístenes, que si verdaderamente era hijo de Júpiter, defendieran y protegieran á los griegos. El agorero Aristandro, que le acompañaba á caballo, llevando una especie de alba y una corona de oro, les mostró un águila que, puesta sobre la cabeza de Alejandro se encaminaba recta á los enemigos, lo que infundió gran aliento á los que la vieron; y con este motivo, exhortándose unos á otros, la falange aceleró el paso para seguir la caballería, que, á la carrera, marchaba al combate. Antes de trabarse éste entre los de la primera línea, ciaron los bárbaros, y se les persiguió con ardor, procurando Alejandro impeler á los vencidos hacia el centro, donde se hallaba Darío; porque le había visto de lejos, haciéndose observar por entre los de vanguardia colocado en el fondo de la tropa real, de bella presencia y estatura, conducido en un carro alto, y defendido por numerosa y brillante caballería muy bien distribuida alrededor del carro, y dispuesta á recibir ásperamente á los enemigos; pero pareciéndoles Alejandro terrible de cerca, y habiendo impelido éste á los fugitivos sobre los que se mantenían en su puesto, llenó de terror y dispersó á la mayor parte. Los esforzados y valientes, muriendo al lado del rey y

cayendo unos sobre otros, eran estorbo para el alcance, aferrándose aún en esta disposición á los hombres y á los caballos. Dado río, viendo ante sus ojos toda especie de peligros, y que venían sobre él todas las tropas que tenía delante, como no le fuese fácil hacer cejar ó salir por algún lado el carro, sino que las ruedas estaban atascadas con tantos caídos, y los caballos, detenidos y casi cubiertos con tal muchedumbre de cadáveres, agitábanse y despedían al que los gobernaba, abandonó el carro y las armas, y montando, según dicen, en una yegua recién parida, dió á huir; y es probable que no habría escapado, á no haber venido otros ayudantes de parte de Parmenión implorando el auxilio de Alejandro, por mantenerse allí todavía considerables fuerzas y no acabar de ceder los enemigos. Generalmente se tacha á Parmenión de haber andado desidioso é inactivo en esta batalla, bien fuera porque la edad le hubiese disminuido los bríos, ó bien porque, como dice Calístenes, le causase disgusto y envidia el alto grado de violencia y entonamiento á que había llegado el poder de Alejandro; el cual, aunque se incomodó con aquella llamada, no manifestó lo cierto á los soldados, sino que como si se contuviera de la matanza por ser ya de noche, hizo la señal de retirada; y marchando adonde se decía que había riesgo, recibió aviso en el camino de que enteramente habían sido vencidos y huían los enemigos.

Habiendo tenido este éxito aquella batalla, parecía estar del todo destruido el imperio de los persas; y aclamado Alejandro rey del Asia, sacrificó espléndidamente á los dioses; y á sus amigos les repartió haciendas, casas y gobiernos. Escribió, además, con cierta ambición, á los griegos, que se destruyeran todas las tiranías, y se gobernara cada pueblo por sus propias leyes; y en particular dió orden á lo plateenses para que restablecieran su ciudad, pues que sus padres habían dado territorio á los griegos en el que peleasen por la libertad común. Envió asimismo á los de Crotona, en Italia, parte de los despojos, para honrar con ellos la buena voluntad y la virtud del atleta Faulo, que en la guerra pérsica, cuando todos los demás de Italia daban por perdidos á los griegos, marchó á Salamina con una nave armada, propiedad suya, para tomar parte en aquellos peligros. ¡Tan inclinado era á toda virtud, y hasta tal punto conservaba la memoria de las acciones loables, y las miraba como hechas en su bien!

Queriendo que el ejército se repusiese, pues era entonces la estación de invierno, se detuvo allí cuatro meses; y se dice que, estando sentado por la primera vez en el trono regio bajo un dosel de oro, Demarato de Corinto, hombre que le amaba, continuándole la amistad que había tenido con su padre, se echó á llorar, como sucede á los ancianos, y exclamó en esta forma :—¡ De qué placer tan grande se han privado aquellos griegos que han muerto antes de haber visto á Alejandro sentado en el trono de Darío!

De allí á poco, estando ya para moverse contra Darío, sucedió, que condescendiendo con sus amigos en un banquete y francachela, llegó hasta el punto de permitir que concurriesen mujerzuelas á comer y beber con sus amantes. Sobresalía entre éstas Tais, amiga de Tolomeo, que más adelante vino á ser rey, natural del Atica; la cual, ya celebrando cuidadosamente las dotes de Alejandro, y ya haciéndole graciosas añagazas, con el calor de la bebida llegó á pronunciar una expresión que, si bien no desdecía de las costumbres de su patria, parecía, sin embargo, que no podía provenir de ella. Porque dijo que en aquel día recibía la recompensa de cuanto había padecido en sus marchas y peregrinaciones por el Asia, pudiendo tratar con el último desprecio á la orgullosa corte de los persas; y que su mayor gusto sería quemar en medio de aquel regocijo el palacio de Jerjes, que había incendiado á Atenas siendo ella quien le diera fuego en presencia del Rey, para que corriera por todas partes la voz de que mayor venganza habían tomado de los persas, en nombre de la Grecia, unas mujerzuelas, que tantas tropas de mar y de tierra y tantos generales con el mismo Alejandro. Dicho esto, se levantó al punto grande algazara y aplauso, exhortándola y acalorándola sus amigos, tanto, que inflamado el rey se levantó y echó á andar el primero, poniéndose una corona y tomando una antorcha. Siguiéronle todos los del festín con gritería y estruendo, distribuyéndose alrededor del palacio; y los demás macedonios que lo entendieron acudieron también con antorchas sumamente contentos, porque echaban la cuenta de que el abrasar y destruir el palacio era propio de un hombre que volvía los ojos hacia su domicilio y no tenía pensamiento de habitar en aquel país bárbaro. Unos dicen que por este término se dispuso aquel incendio, y otros que muy de propósito é intento; mas en lo que convienen todos

es en que se arrepintió muy en breve, y dió orden para que se apagase.

Siendo, por naturaleza, dadivoso, creció en él la liberalidad á proporción que creció su poder; y ésta iba siempre acompañada de afabilidad y benevolencia, que es como los beneficios inspiran una verdadera gratitud. Haremos memoria de algunas de sus dádivas. Aristón, general de los peones, había dado muerte á un enemigo; y mostrándole la cabeza :—Entre nosotros, ¡oh, Rey!—le dijo,—este presente se recompensa con vaso de oro;—y Alejandro, sonriéndose :—Vacío—le contestó,—y yo te lo doy lleno de buen vino, bebiendo antes á tu salud.—Guiaba uno de tantos macedonios una acémila cargada de oro del que se había ocupado al rey; y como ésta se cansase, tomó él la carga y la llevó á cuestas. Vióle Alejandro sumamente fatigado, y enterado de lo que era, cuando iba á dejarla caer :—No hagas tal—le dijo,—sino sigue tu camino llevándola hasta tu tienda para ti.—En general, más se incomodaba con los que no recibían sus beneficios, que con los que le pedían. A Foción le escribió una carta, en que le decía que no le tendría en adelante por amigo si desechaba sus favores. A Serapión, uno de los mozos que jugaban con él á la pelota, no le dió nunca nada, porque no pedía; y en una ocasión, puesto éste en el juego, alargó la pelota á los demás y diciéndole el Rey :—¿Y á mí, no me la alargas?—¡Si no la pides!—le respondió, con lo que se echó á reir, y le hizo un gran regalo. Pareció que se había enojado con Protea, uno de los decidores y bufones, que no carecía de gracia: rogábanle por él los amigos, y el mismo Protea se presentó llorando, y les dijo que estaba aplacado; mas como éste repusiese :—¿Y no empezarás ¡oh, Rey!, á darme en ello alguna prenda?—Mandó que le dieran cinco talentos. Cuánta había sido su profusión en repartir dones y gracias á sus amigos y á los de su guardia, lo manifestó Olimpiada en una carta que le escribió: «De otro modo—le decía,—sería de aprobar que hi»cieses bien á tus amigos, y que te portases con esplendor; »pero ahora, haciéndolos otros tantos reyes, á ellos les pro»porcionas que tengan amigos, y á ti el quedarte solo.» Escribíale frecuentemente Olimpiada por este mismo término, y estas cartas tenía cuidado de reservarlas; sólo una vez, leyendo juntamente con él Hefestión, pues solía tener esta confianza, una de estas cartas que acababa de abrir, no se lo prohibió, sino que

se quitó el anillo, y le puso á aquél el sello en la boca. Al hijo de Maceo, aquél que gozaba de la mayor privanza con Darío, teniendo una satrapía, le dió con ella otra mayor; mas éste la rehusó diciendo:—Antes, ¡oh, rey!, no había más de un Darío, pero tú ahora has hecho muchos Alejandros.—A Parmenión, pues, le dió la casa de Bagoas, en la que se dice haberse encontrado, en muebles de Susa, hasta mil talentos. Escribió á Antipatro que se rodeara de guardias, pues había quien le armaba asechanzas. A la madre le dió y envió muchos presentes; pero nunca le permitió mezclarse en el gobierno ni en las cosas del ejército; y siendo de ella reprendido, llevó blandamente la dureza de su genio; y una vez, habiendo leído una larga carta de Antipatro, en que trataba de ponerle mal con ella:—No sabe Antipatro—dijo,—que una sola lágrima de una madre borra miles de cartas.

Habiendo visto que cuantos tenía á su lado se habían entregado enteramente al lujo y al regalo, haciendo excesivos gastos en todo lo relativo á sus personas, tanto que Agnón de Teyo llevaba clavos de plata en los zapatos, Leonato se hacía traer del Egipto con camellos muchas cargas de polvo para los gimnasios, Filotas había hecho para la caza toldos que se extendían hasta cien estadios, y que eran más los que para ungirse y para el baño usaban de mirra que de aceite, llegando hasta el extremo de tener mozos únicamente destinados á que les rascasen y conciliasen el sueño, los reprendió suave y filosóficamente, diciendo maravillarse de que hombres que habían sostenido tantos y tan reñidos combates, se hubieran olvidado de que duermen con más gusto los que trabajan que los que están ociosos; y de que no vieran, comparando su método de vida con el de los persas, que el darse al regalo es lo más servil y abatido, y el trabajar lo más regio y más propio de los que han de mandar: «Fuera de que, ¿cómo cuidará por sí un caballo ó acicalará la »lanza y el morrión, el que rehusa poner mano en la cosa más »preciada que tiene, que es su propio cuerpo? ¿no sabéis que »el fin que en vencer nos proponemos es el no hacer lo que »hacen los vencidos?» Tomó, pues, desde entonces con más empeño el atarearse y darse malos ratos en la milicia y en la caza: de manera que un embajador de Lacedemonia, que se halló presente cuando dió fin á un terrible león:—Muy bien, ¡oh, Alejandro!—le dijo,—lidiar con un león es digno de vos.—

Esta cacería la dedicó Cratero en Delfos, haciendo esculpir en bronce la imagen del león, la de los perros, la del Rey en actitud de haber postrado al león, y la del mismo Cratero que le asistía; de las cuales unas fueron obra de Lisipo y otras de Leocares.

Alejandro, pues, ejercitándose y excitando al mismo tiempo á los demás á la virtud, se exponía á todo riesgo; pero sus amigos, queriendo ya gozar y regalarse por la riqueza y el lujo, llevaban mal las marchas y las expediciones, y poco á poco llegaron hasta murmurar y hablar mal de él. Sufríalo al principio benigna y suavemente, diciendo que era muy de reyes el que se hablara mal de ellos cuando hacían bien. Y en verdad que aun los menores favores que dispensaba á sus amigos eran siempre indicio de que los apreciaba y quería honrarlos; de lo que añadiremos algunos ejemplos. Escribió á Peucestas, quejándose de que, maltratado por un oso, había escrito á otros, y á él no se lo había participado; «pero ahora—le decía,—dime cómo te hallas, y si es que te abandonaron algunos de los que te »acompañaban en la caza, para que lleven su merecido.» A Hefestión, que se hallaba ausente con motivo de ciertas comisiones, le escribió que estando entreteniéndose con un igneumon, Cratero había caído sobre la lanza de Perdicas, y se había lastimado los muslos. Habiendo sanado Peucestas de cierta enfermedad, escribió al médico Alexipo dándole las gracias. Hallábase Cratero enfermo, y habiendo tenido una visión entre sueños, hizo sacrificios por él, y le mandó que los hiciese. Al médico Pausanias, que quería dar eléboro á Cratero, le escribió, ya oponiéndose y ya dándole reglas sobre el modo de administrar aquella medicina. A los primeros que le dieron parte de la deserción y fuga de Harpalo, que fueron Efialtes y Ciso, los hizo aprisionar, porque le levantaban una calumnia. Empezó á dar licencia para retirarse á su casa á los inválidos y ancianos: y habiéndose Euruloco de Egea puesto á sí mismo en la lista de los enfermos, como después se descubriese que ningún mal tenía, y confesase que amaba á Telesipa, y se había propuesto acompañarla en su regreso por mar, preguntó qué clase de mujer era ésta; y habiéndole informado que era una cortesana de condición libre:—Pues me tendrás, ¡oh, Euroloco!—le dijo,—por amador contigo; mira si podremos persuadirla con dones ó con palabras, puesto que es mujer libre.

Es, ciertamente, de admirar que tuviese tiempo para escribir las cartas que escribió en obsequio de los amigos; como por ejemplo, cuando un mozo de Seleuco se escapó á la Cilicia, dando orden de que le buscasen; tributando alabanzas á Peucestas, por haber recogido á Nicón, esclavo de Cratero; y prescribiendo á Megabizo, con motivo de haberse huído un esclavo al templo, que si podía lo aprehendiese fuera, procurando atraerle, pero en el templo no le tocara. Dícese que al principio, cuando juzgaba las causas capitales, se tapaba con la mano un oído mientras hablaba el acusador, á fin de conservar el otro para el reo, puro y libre de toda prevención; pero más adelante lo exasperaron las muchas calumnias, que envueltas con verdades conciliaban crédito á la mentira. Lo que sobre todo le sacaba de tino, y le hacía duro é inexorable, era el que se le desacreditase: como que era hombre que prefería la gloria á la vida y al reino. Marchó entonces contra Darío para combatir segunda vez; pero habiendo llegado á sus oídos que Beso le había apresado, licenció á los tesalianos, añadiendo á sus soldados dos mil talentos de regalo. Con la marcha y persecución, que fué penosa y larga, habiendo andado á caballo en once días tres mil trescientos estadios, llegaron á flaquear y desalentarse la mayor parte, principalmente por la falta de agua. Allí se encontró con algunos macedonios que en acémilas llevaban odres llenos de ella, y viéndole éstos mortificado de la sed, porque venía á ser entonces la hora del mediodía, llenaron sin dilación el morrión y se lo presentaron; mas habiendo preguntado para quiénes conducían aquella agua, como respondiesen: «para »nuestros propios hijos; pero viviendo tú, otros tendremos si »perdiéremos éstos,» al oirlo tomó el morrión en las manos; mas volviendo la vista y observando que los soldados de á caballo que le acompañaban todos tenían inclinada la cabeza y fijos los ojos en la bebida, volvió á entregar el morrión sin haber bebido, y dándoles las gracias, les dijo:—Si yo solo bebiere, éstos desfallecerán todavía más.—Y ellos, viendo su templanza y su grandeza de ánimo, gritaron que los condujese con toda confianza, y aguijaron los caballos: porque ni se cansarían ni tendrían sed, ni se acordarían de que eran mortales mientras tuviesen un rey como él.

La decisión en todos era igual, y se dice que, sin embargo, sólo fueron unos sesenta los que pudieron llegar hasta el cam-

pamento de los enemigos ; en el que no hicieron cuenta del mucho oro y mucha plata que estaban amontonados, pasando también de largo por muchos carros de niños y de mujeres que andaban errantes sin conductor ; sino que fueron siempre en persecución de los primeros, porque entre ellos había de estar Darío. Encontrósele con dificultad, traspasado el cuerpo de dardos, tendido en un carro y muy próximo á fallecer : con todo, pidió agua, y habiendo bebido agua fría, dijo á Polistrato que se la había dado :—«Este es, amigo, el último término de mi »desgracia : recibir beneficios, y no poder pagarlos ; pero Ale»jandro te lo premiará, y los dioses á Alejandro el trato lleno »de bondad que mi madre, mi mujer y mis hijos recibieron de él, á quien por tu medio doy esta diestra.»—Y al decir esto, asido de la mano de Polistrato, expiró. Cuando llegó Alejandro, se echó de ver cuánto lo sentía ; y quitándose su manto, lo arrojó sobre el cadáver, y lo envolvió en él. Más adelante, habiendo podido aprehender á Beso, le hizo pedazos de este modo : doblando hacia dentro dos árboles derechos, hizo atar á cada uno un muslo, y después dejándolos libres, con la fuerza con que se enderezaron cada uno se llevó su parte ; pero por entonces el cadáver de Darío, adornado como á la dignidad real correspondía, lo remitió á la madre ; y al hermano de aquél, Oxatres, lo admitió en el número de sus amigos.

Allí vió que de sus mayores amigos, Hefestión celebraba su sistema, y le imitaba ; pero Cratero se mantenía en los usos patricios ; y así era que por medio de aquél despachaba los negocios de los bárbaros, y por medio de éste, los de los griegos y macedonios : finalmente, si al uno le amaba más por este motivo, al otro estimaba y honraba : pensando y diciendo continuamente que Hefestión era amigo de Alejandro, y Cratero amigo del rey. De aquí fué que teniendo celos el uno del otro, altercaron muchas veces, y una sola en la India vinieron á las manos, llegando hasta sacar las espadas ; y cuando sus repectivo amigos apadrinaban á uno y á otro, presentándose Alejandro á Hefestión, le reprendió abiertamente llamándole arrebatado y loco, si no veía que si alguno le privaba de la sombra de Alejandro, no era nada ; y á Cratero le riñó también, aunque en particular, ásperamente. Llamólos después á su presencia, é hizo que se reconciliasen, jurando por Amón y los demás dioses que los amaba sobre todos los hombres ; pero si volvía á en-

tender que había contiendas entre ellos, daría muerte á entrambos ó á lo menos al que hubiese dado principio á la disensión ; por lo que, en adelante, ya no se dice que ni por juego hubiesen hablado ó hecho nada el uno contra el otro.

Filotas, hijo de Parmenión, era el de mayor autoridad y dignidad entre los macedonios, porque había dado pruebas de valor y sufrimiento ; y en cuando á dadivoso y amigo de sus amigos, ninguno más que él después de Alejandro. Dícese que pidiéndole en una ocasión dinero uno de sus amigos, mandó que se le diera ; y respondiendo el mayordomo que no tenía :—¿Qué dices?—le replicó.—¿No tienes tampoco un vaso ó alguna ropa? —Su engreimiento de ánimo, la ostentación de su riqueza y el servicio y aparato relativo á su persona eran de más boato de lo que á un particular correspondía ; y entonces, imitando la grandeza y majestad de un rey con mucho cuidado, pero sin ninguna gracia, en sólo lo extravagante y que más daba en ojos, no le granjeaba este porte más que sospechas y envidia ; tanto, que su padre le dijo en una ocasión :—Dame, hijo, el gusto de valer menos.—Para con Alejandro ya hacía tiempo que había empezado á caer en descrédito, porque cuando se tomaron tantas riquezas en Damasco, después de conseguida la victoria contra Darío en la Cicilia, entre los muchos cautivos conducidos al campamento se encontró una joven, natural de Pidna y de bella figura, llamada Antígona. Apropiósela Filotas ; y lo que es natural con una nueva amiga, entre el vino y los placeres tuvo confianzas con ella sobre cosas políticas y de la guerra y atribuyéndose á sí mismo y á su padre los hechos más señalados, llamaba á Alejandro «muchachuelo», y decía que por ellos había adquirido nombre su reinado. Comunicó Antígona estas conversaciones á uno de sus amigos ; y, éste, como está en el orden, á otro, de manera que llegaron á los oídos de Cratero ; quien tomando á la mujer consigo, la condujo secretamente ante Alejandro. Luego que éste la hubo escuchado, le previno que continuara en la amistad de Filotas, y todo cuanto le oyera viniese y se lo revelara.

Ignoraba Filotas lo que se tramaba contra él, y continuaba su trato con Antígona, permitiéndose, ya por encono ya por jactancia y vanagloria, palabras y expresiones contumeliosas contra el Rey. Alejandro, aunque se le habían hecho denuncias vehementes contra Filotas, no se daba por entendido ni hacía

uso de ellas, ó por demasiada confianza en el amor que Parmenion le tenía, ó por temor de la opinión y del poder del padre y del hijo. Mas en aquella misma sazón, un macedonio llamado Dimno, natural de Calastra que armaba asechanzas á Alejandro con la más maligna intención, como tuviese amores con el joven Nicomaco, le solicitó para que concurriese con él á la ejecución. No admitió éste la propuesta, y dando parte de aquel intento á su hermano Baleno, éste se dirigió con él á Filotas, rogándole que los presentase á Alejandro, porque tenían que hablarle de cosas muy importantes y muy urgentes ; pero Filotas sin saber por qué causa, pues nunca se averiguó, no se prestó á ello, por decir que el Rey estaba ocupado en cosas mayores ; lo que les sucedió por dos veces. Entraron con esto en sospechas contra Filotas, y como valiéndose de otro, éste los condujese ante Alejandro, habláronle lo primero de lo relativo á Dimno, y después tocaron ligeramente en lo ocurrido con Filotas, y cómo dos veces le habían hablado y las dos veces los había desatendido : que fué lo que sobremanera irritó á Alejandro. Ocurrió también que el que fué enviado contra Dimno, como éste se defendiese, le quitó la vida ; con lo que todavía se sobresaltó más Alejandro, por creer que con esto se desvanecían los indicios de la traición. Como ya no estaba bien con Filotas, con esto cobraron osadía los que de antemano le odiaban, y decían ya sin rebozo que sería grande necedad en el Rey el creer que un hombre de Calastra como Dimno había de haber tenido por sí semejante arrojo : por tanto, que no era sino ejecutor, ó más bien instrumento manejado por una fuerza superior ; por lo qué la asechanza se había de buscar en aquéllos á quienes más importaba que estuviese oculta. Con estos discursos y sospechas abrieron los oídos del Rey para que llegasen á ellos otras diez mil calumnias contra Filotas. Hízole, pues, prender y le puso en juicio, asistiendo á la cuestión de tormento los amigos de Alejandro, y escuchando él mismo desde afuera sin que mediase más que una cortina : así, se refiere que profiriendo Filotas expresiones de abatimiento y compasión, y dirigiendo ruegos á Hefestión, dijo aquél :—Pues si tan débil eras y de tan poco valor, ¡oh, Filotas! ¿por qué emprendías hechos tan arriesgados? Muerto Filotas, envió inmediatamente á la Media orden de que se quitara también la vida á Parmenión, antiguo compañero de Filipo en las más de sus empresas ; de los antiguos

amigos de Alejandro el único ó el que más le había incitado á la expedición contra el Asia ; y que de tres hijos que tenía en el ejército, de dos había visto la muerte antes, muriendo con el tercero. Estos hechos hicieron terrible á Alejandro para muchos de sus amigos, y especialmente para Antipatro ; el cual negoció reservadamente con los etolios, comprometiéndose con ellos, y ellos con él recíprocamente : porque los etolios temían á Alejandro por la ruina y mortandad de los oiniadas : pues al saberla había dicho Alejandro que no serían los hijos de los oiniadas, sino él mismo quien tomase venganza.

De allí á breve tiempo ocurrió el lastimoso acontecimiento de Clito ; para los que meramente lo oyen, más cruel que el de Filotas ; pero para los que reflexionan sobre el tiempo y la ocasión, efecto más bien de desgracia del Rey, que de su voluntad y su intención, siendo la mala suerte de Clito la que en la ira y en la embriaguez proporcionó la causa ; y sucedió de esta manera. Llegaron algunos trayendo al Rey por mar frutas de la Grecia ; y éste, maravillado de su frescura y belleza llamó á Clito con ánimo de mostrárselas y de partir con él. Hallábase Clito haciendo un sacrificio, y dejándolo, marchó allá al punto, y tres de las reses, sobre las que había hecho libación, le siguieron. Entendió esto el Rey y comunicó el caso con los adivinos Aristrando y Cleomantes de Lacedemonia ; los cuales dijeron ser aquélla mala señal ; y el Rey mandó que inmediatamente se sacrificara por Clito, porque hacía tres días que él mismo había tenido entre sueños una visión extraña : pues le había parecido que veía á Clito sentado con vestido negro entre los hijos de Parmenión, que todos eran muertos. Clito no se había prevenido con el sacrificio, sino que sin dilación marchó á cenar con el Rey, que había sacrificado á los Dioscuros. Bebióse largamente, y empezaron á cantar los versos de un tal Pranico, ó, según dicen otros, de Pierión, compuestos para escarnio y burla de los generales vencidos poco antes por los bárbaros. Llevárolo á mal los ancianos, y profirieron denuestos contra el poeta y contra el cantor ; pero Alejandro le oía con gusto y mandaba que continuase. Clito, ya demasiado caliente con el vino, y que de suyo era pronto é insolente, se incomodó, diciendo no ser del caso que entre bárbaros y enemigos se tratara de afrentar á unos macedonios que valían harto más que los que de ellos se burlaban, aunque hubiesen sido desgraciados. Repuso Ale-

jandro que Clito hacía bien, y asentía con él en llamar desgracia á la cobardía; á lo que puesto ya en pie Clito:—Pues esta cobardía—le dijo,—te salvó á ti, descendiente de los dioses, cuando ya tenías encima la espada de Espitrídates; y á la sangre de los macedonios y á estas heridas debes el haberte elevado á tal altura, que te da por hijo de Amón, renunciando á Filipo.

Irritado, pues, Alejandro:—¿Te parece, mala cabeza—le dijo,—que hablando de mí continuamente de este modo y alborotándome á los macedonios, te has de ir riendo?—Ni aun ahora nos reímos, ¡oh, Alejandro!—le contestó,—siendo éste el premio que recibimos de nuestros trabajos; sino que tenemos por muy dichosos á los que murieron antes de ver que los macedonios somos azotados con las varas de los medos, y buscamos la intercesión de los persas para acercarnos al Rey.—Mientras Clito hablaba con este desenfado y mientras Alejandro se le oponía y profería contra él injurias, procuraban los más ancianos sosegar aquel alboroto; y Alejandro, vuelto entonces á Genodoco de Cardia y Artemio de Colofón:—¿No os parece—les dijo,—que los griegos se hallan entre los macedonios como los semidioses entre las fieras?—Pero Clito no cedía, sino que continuaba gritando que Alejandro dijese públicamente qué era lo que quería y no llamara á su mesa á hombres libres que sabían hablar con franqueza, sino que viviera entre bárbaros y entre esclavos, que adorasen su ceñidor persiano y su túnica blanca. Entonces, Alejandro no pudiendo ya reprimir la ira, le tiró una de las manzanas que había en la mesa, y fué á echar mano de la espada; pero Aristófanes, uno de los de la guardia, con previsión la había retirado; y, sin embargo de que los demás le rodeaban y suplicaban, salió, y en lengua macedonia llamó á los mozos de armas, lo que era indicio de gran arrebato, y al trompeta le mandó hacer señal, y porque se detenía y no cumplía lo mandado le dió una puñada. Después se reconoció que había hecho muy bien, y había sido muy principal causa para que no se pusieran armas en armas y en confusión todo el campamento. A Clito, que nunca se apaciguaba, le sacaron los amigos, no sin gran dificultad, del cenador; pero volvió á entrar por otra puerta recitando con desprecio é insolencia los yambos de Eurípides en la *Andrómaca*.

Pasó toda aquella noche en lamentos; y como, al día si-

guiente, cansado de gritar y llorar, estuviese callado, dando solamente profundos suspiros, recelando sus amigos de aquel silencio, entraron por fuerza, pues no atendió las expresiones de los demás ; pero habiéndole recordado el agorero Aristandro la visión que había tenido acerca de Clito y la señal de las reses, para darle á entender que lo sucedido había sido disposición del hado, pareció que recibía algún alivio ; por lo cual introdujeron también al filósofo Calístenes que era deudo de Aristóteles, y á Anaxarco de Abdera. De éstos, Calístenes se fué introduciendo con dulzura y suavidad, procurando desvanecer con sus razones el disgusto y la pesadumbre ; pero Anaxarco, que desde luego había tomado un camino en la filosofía enteramente nuevo, mirando con cierta altivez y desdén á los de su profesión, entró gritando sin otro preludio :—¿Éste es aquel Alejandro en que el orbe tiene ahora fija la vista, y se está tendido haciendo exclamaciones como un miserable esclavo temiendo el juicio de reprensión de los hombres para quienes correspondía que él fuese la ley y norma de lo justo, si es que venció para imperar y dominar, y no para servir dominado de una gloria vana? ¿No sabes que Júpiter tiene por asesores á la Justicia y á Temis, para que todo cuanto es ejecutado por el que manda sea legítimo y justo? —Empleando Anaxarco estos y otros semejantes discursos, aligeró el pesar del Rey ; pero pervirtió su moral haciéndole más precipitado y violento.

DE UNA ODA A UNA LESBENSE

POR SAFO

Amor: de tus transportes
Librar quiero á mi alma;
En otro tiempo Artis
Por mí sufrió mil ansias;
Andrómedo me hubo
Robado al fin su llama,
Mas Artis hoy corona
El amor que me abrasa.
Amor: de tus transportes
Librar quiero á mi alma.

LA MUERTE DE ALEJANDRO

POR ARRIANO

ARRIANO.—Historiador griego. Nació á fines del siglo I después de Jesucristo, en Nicomedia (Bitinia). El Emperador Adriano le confirió el título de ciudadano de Roma. Fué uno de los primeros y más activos escritores de su época. Imitó á Jenofonte y, así como éste había escrito las «Memorables» de Sócrates, Adriano escribió las «Conversaciones» de Epicteto, exposición fiel y elevada de la doctrina estóica. Se le atribuye también el «Manual de Epicteto», tratado que durante siglos fué tenido en gran predicamento. Pero más famosos que estos libros suyos es su «Expedición de Alejandro» al Asia, que recuerda por el asunto y por la claridad del estilo, el «Anabasis» de Jenofonte. Describe las operaciones militares con gran conocimiento del asunto, y bebe en las mejores fuentes. El «Anabasis» de Arriano se divide en siete libros y ha llegado á nosotros casi completo.

Apolodoro de Anfípolis, uno de los amigos, estratega de las tropas que Alejandro dejó á Maceo, sátrapa de Babilonia, viendo el rigor que á su vuelta de las Indias desplegaba el príncipe contra todos los gobernadores de provincias, escribió acerca de su futura suerte á su hermano Pitágoras, agorero por las entrañas de los animales ; y habiéndole contestado éste preguntándole los nombres de las personas que temía, le dió los de Hefestión y Alejandro. Pitágoras consultó primero las entrañas acerca de Hefestión, y faltando un lóbulo del hígado, escribió á Apolodoro desde Babilonia á Ecbatana, manifestándole que nada temía de Hefestión, amenazado de una muerte próxima, como sucedió en efecto, pues murió, dice Aristóbulo, al día siguiente de recibirse la carta. Después, el adivino consultó sobre Alejandro, y habiendo obtenido en su inspección resultado idéntico, escribió en el mismo sentido á Apolodoro. Éste, para probar al Rey su celo, le manifestó todo lo ocurrido, aconsejándole se precaviese del inminente riesgo. Alejandro se lo agradeció, y al llegar á Babilonia, preguntó á Pitágoras en qué señales había fundado su vaticinio ; y habiéndole contestado que en la carencia del lóbulo del hígado, que le presagiaba una gran desgracia, lejos de enojarse, le tuvo en lo sucesivo más afecto por haberle manifestado con toda su ingenuidad cuanto sabía. Aristóbulo dice que supo estos detalles

Alejandro el Grande.

De un cuadro de Le Brun.

por el mismo Pitágoras ; que hizo después igual vaticinio respecto á Perdicas y Antígono, los cuales murieron, en efecto, el primero peleando con Tolomeo ; el segundo en la batalla de Ipso contra Seleuco y Lisímaco.

También cuentan una cosa análoga del gimnosofista Calano. Al dirigirse á la pira que debía consumir su cuerpo, besó á todos sus amigos, pero no quiso abrazar á Alejandro, diciéndole : «Te besaré cuando nos encontremos en Babilonia.» Entonces nadie se fijó en estas palabras ; pero al recordarlas con motivo de la muerte del Príncipe, todo el mundo vió en ellas una profecía de tan triste suceso.

Alejandro recibió en Babilonia varias diputaciones griegas, cuyo objeto no nos dicen los historiadores ; pero yo presumo que las más se limitarían á ofrecerle coronas y felicitaciones públicas por sus triunfos y su feliz regreso de la India. Acogiólas benévolamente, y las despidió colmadas de honores, entregándoles las imágenes de los dioses y objetos del culto que Jerjes había traído de Grecia á Babilonia, Pasargada, Susa y otras ciudades asiáticas. Entonces recobraron los atenienses las estatuas de bronce de Harmodio y de Aristogitón y la de Diana Celcense.

En Babilonia se le reunió también, dice Aristóbulo, la flota que había venido, una parte á las órdenes de Nearco por el Eufrates, desde el golfo Pérsico, y otra de la Fenicia. Componíase la última de dos quinquerremes, tres cuadrirremes, doce trirremes y treinta triacóntoros que habían sido traídos desmontados desde Fenicia á Tapsaco, donde, armados de nuevo, se pusieron á flote en el Eufrates.

El mismo historiador asegura que Alejandro mandó construir otra escuadra con los cipreses cortados en Babilonia, únicos árboles que abundan en Asiria, donde hay grandísima escasez de todos los materiales relativos á la náutica. Por eso vióse obligado á traer de Fenicia y de toda la costa los operarios y tripulaciones de los navíos. Hizo en Babilonia un puerto capaz de dar abrigo á mil naves, y cerca los arsenales convenientes. Envió á Mícalo de Clazómenes con quinientos talentos á Fenicia y Siria para tomar á sueldo ó comprar todos los marineros posibles. Su proyecto era fundar colonias en las costas é islas del golfo Pérsico, que se le antojaban tan opulentas como la Fenicia. Mas todos estos preparativos navales iban

enderezados contra la populosa raza de los árabes, so color de haber sido los únicos bárbaros que no le habían enviado diputaciones, ni tributado clase alguna de homenaje ; pero en realidad, según mi opinión, arrastrado por su insaciable afán de conquistas.

Despertó su ambición, según es fama, el haber sabido que los árabes sólo adoraban á dos dioses : el Cielo y Baco. Al Cielo, porque, conteniendo los astros y el sol, era la causa de los más grandes, visibles y numerosos beneficios de los hombres ; á Baco, por la conquista de los indios. «Yo puedo ser—decía »Alejandro,—su tercera deidad, pues mis hazañas en manera »alguna son inferiores á las del semidiós.» Pensaba, una vez vencidos los árabes, dejarles vivir como á los indios, con arreglo á sus leyes ; por otra parte, le invitaba á esta expedición la extraordinaria riqueza de aquel país, en que se coge la casia en las lagunas, la mirra y el incienso en los árboles, el cinamomo en los arbustos, y el nardo en las praderas que espontáneamente lo producen. Sabía, además, que en extensión no ceden á las de la India las costas arábigas, llenas de puertos seguros donde albergar la flota, de ciudades perfectamente situadas y opulentas, y con muchas islas á no larga distancia.

Dos de éstas, según noticias, se hallaban en la desembocadura del Eufrates ; la menor á ciento veinte estadios próximamente del punto de desagüe, cubierta de bosques, con un templo á Diana, servido por los naturales, y llena de cabras monteses y de ciervos, cuya caza estaba prohibida, como no fuera para ofrecer sacrificios á la diosa á quien estaban consagrados. Según Aristóbulo, Alejandro dió á esta isla el nombre de Ícaro, que es el de la del mar Egeo, en la cual, por desoir los consejos de su padre, de no remontar neciamente el vuelo sino mantenerse próximo á tierra, cayó el hijo de Dédalo, derretida por el sol la cera de sus alas, dando nombre á la isla y al mar, teatro de su muerte. La otra, llamada Tilo, dista de la boca del Eufrates, siendo favorable el viento, un día y una noche de navegación. Es grande ; no se halla enteramente cubierta de bosques, y produce dulces y sazonados frutos.

Alejandro adquirió estas noticias por los siguientes exploradores de las costas arábigas : Arquías, que con una nave de treinta remos llegó hasta la isla de Tilo, y no se atrevió á pasar más adelante ; Andróstenes, que con otro triacóntoro pudo

doblar parte de la península arábiga ; el piloto Hierón de Soles, que con un navío de igual clase fué el que avanzó más, pero sin atreverse á cumplir por completo su misión, según la cual debía de haber penetrado en el mar Rojo hasta la ciudad de Herópolis. Rodeó, sin embargo, gran parte de la Arabia, y descubrió que su extensión no cedía mucho á la de la India, avanzando muchísimo en el Océano su última punta, la cual, antes de entrar en el golfo Pérsico, ya había sido vista por Nearco, que estuvo á punto, según quería el piloto Onesícrito, de arribar á ella ; pero se abstuvo de hacerlo, para dar cuanto antes cuenta á Alejandro de su navegación, cuyo objeto no era recorrer el Océano, sino explorar las costas y adquirir noticias sobre puertos, aguas potables, condiciones, usos y costumbres de sus pobladores, y calidades buenas ó malas de sus tierras y frutos. Esta resolución fué salvadora, pues de avanzar más el ejército, no hubiera podido avituallarse en los desiertos arábigos, ante cuyo peligro retrocedió también Hierón de Soles.

Mientras se preparaban los trirremes y se construía el puerto de Babilonia, Alejandro se dirigió por el Eufrates al Palacopas, canal que parte de este río, sin nacer de manantiales, y se halla á unos ochocientos estadios de la ciudad. El Eufrates, que fluye de los montes de Armenia, se mantiene dentro de su cauce, con escaso caudal durante los meses del invierno ; pero cuando principia la primavera, y mucho más en el solsticio de estío, crece extraordinariamente al derretirse la nieve de las montañas donde nace ; se desborda, inunda los campos asirios, y llegaría á cubrir todas las tierras próximas, si no se desaguase por el Palacopas, derramándose en estanques y lagunas, que recorre hasta cerca de la Arabia, donde se pierde en pantanos, y luego va por ocultos caminos hasta el mar. Derretidas las nieves, principalmente hacia el ocaso de las Pleyadas, el Eufrates disminuye ; más, á pesar de todo, la mayor parte de su caudal va por el Palacopas á un lago, dejando en seco las campiñas asirias, á menos de no cerrarse la salida del canal hasta hacer refluir las aguas. El sátrapa de Babilonia lleva á efecto esta operación con muchísimo trabajo, empleando diez mil operarios asirios durante tres meses completos, pues como en el punto de oclusión del canal es la tierra blanda y cenagosa, cuesta infinito hacerla contener las aguas, al paso que es facilísimo el abrirla. Al saber Alejandro

estos detalles, concibió el proyecto, utilísimo para la Asiria, de construir un dique más sólido en el punto donde el Eufrates se vierte en el Palacopas, y á unos treinta estadios más allá, encontró una tierra pedregosa, que mezclada al antiguo cauce del canal, podría darle solidez é impedir, por consiguiente, el escape del agua y facilitar la oclusión en el tiempo oportuno. Después, navegando por el Palacopas, bajó hasta los confines de la Arabia. Halló conveniente el sitio, y fundó una ciudad, la amuralló y la pobló con una colonia de griegos estipendiarios y voluntarios, inútiles ya para la guerra por edad ú otras causas.

Despreciando el oráculo caldeo, en vista de no haberse cumplido ninguno de sus funestos agüeros, puesto que salió de Babilonia completamente ileso, navegó segunda vez lleno de confianza por las lagunas, teniendo la ciudad á mano izquierda, é hizo volver al verdadero camino una parte de la flota que andaba extraviada por falta de guía. Entonces ocurrió el hecho siguiente: En estas lagunas y pantanos se hallan los sepulcros de muchos reyes de Asiria, y al visitarlos Alejandro, dirigiendo por sí mismo la trirreme, un fuerte y repentino golpe de viento le arrebató la causia y la diadema, cayendo aquélla, como de más peso, al agua, y quedándose ésta prendida en unas cañas junto á las regias tumbas. Tomóse esto por siniestro augurio, y mucho más cuando el marinero que se lanzó á recoger la diadema, la trajo sobre la cabeza y no en la mano, temeroso de mojarla al nadar. Casi todos los historiadores dicen que este servicio le valió por de pronto un talento, pero después le costó la vida; pues Alejandro, aconsejado por los adivinos caldeos, mandó abatir una cabeza que había llevado la diadema real. Este infortunado fué, según Aristóbulo, un marinero fenicio, que auque recibió el talento, fué apaleado por su irreverencia. Otros atribuyen esta acción á Seleuco, augurando de ella la muerte del Rey y el futuro encumbramiento del General, que, en efecto, por sus regios ánimos, fué de los sucesores de Alejandro el que gobernó más provincias y sostuvo á mejor altura su excelsa dignidad.

Cuando volvió á Babilonia, encontró Alejandro á Peucestas, recién llegado de su gobierno, con veinte mil persas y muchos coseos y tapuros, los más belicosos de los pueblos finítimos de Persia. También habían venido al frente de sus res-

pectivos ejércitos, Filóxeno de la Caria y Menandro de la Lidia, y Ménidas con sus escuadrones, y en fin, varios embajadores griegos ceñidos de coronas, que ofrecieron á Alejandro coronas de oro, tributándole honores divinos. ¡Honores divinos á quien tan cerca estaba de la muerte!

El Príncipe aplaudió el tino y moderación de Peucestas en su gobierno, y la sumisión de los persas, que fueron incorporados á las compañías macedónicas. Cada fila se compuso entonces de cuatro macedonios, tres con más sueldo y el cuarto con mando superior, y de doce persas. Los primeros eran: el decadarca, jefe de la fila, el dimoirita y dos decastáteros, llamados así por la paga que percibían, menor que la del anterior, pero mayor que la del soldado raso. Los macedonios llevaban el armamento nacional; los persas flechas ó dardos.

Alejandro, en tanto, mantenía la escuadra en incesante ejercicio, habiendo grande emulación entre trirremes y cuadrirremes, en los certámenes que se verificaban en el río. Los vencedores eran premiados con coronas.

Por entonces, los enviados al templo de Ammón, en consulta sobre los honores que sería lícito tributar á Hefestión, regresaron también con la respuesta de que podía ser adorado como un héroe. Alejandro, regocijadísimo, obedeció al oráculo. Entonces escribió á Cleómenes, hombre perverso, autor de mil iniquidades contra los egipcios, una carta imperdonable por muchos conceptos, aun aduciendo como atenuante el exceso de su amistad al difunto. Mandábale en ella erigir dos templos á Hefestión en Alejandría de Egipto, uno en la misma ciudad, y otro en la isla del Faro, donde estaba la torre, maravilla del mundo por su belleza y magnitud; consagrar ambos monumentos bajo la advocación del favorito, y hacer inscribir su nombre en todos los contratos particulares. Censurable es dejarse arrastrar á tanta exageración; pero ¿qué diremos de estas palabras? «Si al ir á Egipto, — le escribía, — encuentro erigidos »por ti esos templos y altares, no sólo te perdonaré todos los »delitos perpetrados, sino todos los que puedas cometer.» Yo encuentro estas frases indignas de ser escritas por un gran monarca á un hombre inicuo y criminal, bajo cuya administración había tantas tierras y personas.

Acercábase la muerte de Alejandro, anunciada, según Aristóbulo, por un nuevo prodigio. Después de haber distribuído

entre las filas macedónicas las tropas venidas de Persia con Peucestas y las traídas por Filóxeno y Menandro, sintió necesidad de beber, y se levantó, dejando vacío el trono, á cuyos lados había unos lechos con pies de plata, donde se sentaban sus amigos. Entonces un desconocido, algunos añaden que estaba preso y encadenado, viendo vacíos el trono y los lechos por la ausencia del Rey y sus acompañantes, se sentó sobre la silla real. Los eunucos que la rodeaban, no atreviéndose á arrancarle de aquel sitio por prohibírselo una ley persa, empezaron á rasgarse los vestidos y á golpearse el pecho y la cara, augurando un grave mal. Enterado Alejandro de lo sucedido, mandó poner en tortura al insolente por si había obedecido algún plan siniestro, pero sólo confesó que lo había hecho cediendo á un singular capricho. De esta respuesta dedujeron los adivinos augurios de mayor gravedad.

Pocos días después, para dar á los dioses gracias por sus felices sucesos, sacrificó las víctimas de costumbre y algunas más por consejo de los sacerdotes, y celebró con sus amigos un banquete, que se prolongó hasta las altas horas de la noche. Las víctimas fueron entregadas al ejército, haciéndose también una distribución de vino por decurias y centurias. Retirábase á descansar á buena hora, cuando uno de sus más queridos amigos, llamado Medio, le suplicó le acompañase á la mesa, prometiéndole sería agradable la velada.

He aquí el contenido de los diarios reales: *El primer día* comió en casa de Medio; se levantó, tomó un baño, y durmió.

El segundo día comió y bebió con el mismo hasta muy avanzada la noche; se bañó, comió muy poco después, y se acostó ya calenturiento.

El tercer día, llevado en litera, ofreció los sacrificios diarios, y permaneció en el lecho hasta el obscurecer. En tanto reunió los jefes, indicó la marcha de la navegación, los infantes que habían de partir el día cuarto, y dispuso quiénes habían de acompañarle por agua el día quinto. En seguida se trasladó en litera al río, lo atravesó en una nave, y fué á un jardín delicioso, donde se bañó y descansó.

El cuarto día tomó otro baño é hizo los sacrificios de costumbre; entró en su cámara, se acostó, habló con Medio, y mandó á los jefes presentarse al amanecer. Cenó poco, se hizo llevar nuevamente al lecho, y tuvo fiebre toda la noche.

El quinto día se bañó, ofreció los sacrificios, y señaló para dentro de tres días la marcha de Nearco y demás jefes de la flota.

El sexto día tomó otro baño, hizo los ordinarios sacrificios, y continuó febril. Sin embargo, convocó á los jefes y les mandó disponer todo lo necesario para la navegación. Se bañó otra vez á la tarde, y se sintió peor.

El séptimo día fué llevado á un edificio próximo á los baños, donde ofreció los sacrificios de costumbre; y aunque gravemente enfermo, llamó á los jefes principales, y les dió nuevas órdenes acerca de la expedición naval.

El octavo día fué trasladado con dificultad al lugar de los sacrificios; los ofreció; y á pesar de todo, hizo nuevos encargos á los jefes.

El noveno día, aunque estaba ya gravísimo, sacrificó como de costumbre. Mandó á los estrategas permanecer en palacio, y á los quiliarcas y pentacosiarcas guardar el exterior. En peligro de muerte fué llevado del jardín á la real cámara. Conoció á los jefes, pero no pudo hablarles ni articular un sonido. Toda la noche tuvo una fiebre muy alta.

El décimo continuó la fiebre de día y de noche.

Esto dicen las efemérides regias, y añaden que los soldados quisieron visitarle, unos por verle todavía vivo, otros, á mi parecer, sospechando que los guardias ocultaban su muerte, de la cual ya habían corrido rumores; la mayor parte, en fin, arrastrados por su cariño y su dolor. Forzaron, pues, las puertas; pero ya el Rey no pudo hablarles cuando entraron: levantó penosamente un poco la cabeza, les dirigió una benévola mirada, y les tendió la mano.

Pitón, Atalo, Demofonte, Peucestas, Cleómenes, Ménidas y Seleuco, según el mismo diario, pasaron la noche en el templo de Serapis, y consultaron al dios si sería más conveniente para su curación trasladar á Alejandro al templo. «No conviene que lo traigáis; mejor está donde está», respondió el oráculo. Refirieron esta contestación á Alejandro, que expiró al poco rato, como en cumplimiento de la profética sentencia. Aristóbulo y Tolomeo no dan más detalles. Otros historiadores refieren que al preguntarle sus amigos á quién dejaba el Imperio, contestó: «*Al más digno*», y añadió: «*Mis funerales serán sangrientos.*»

No ignoro todo lo que otros han escrito sobre este acontecimiento: que Alejandro murió envenenado por Antipatro; que Aritóteles, amedrentado por la muerte de Calístenes, preparó el tósigo, que lo trajo dentro del casco de un mulo Casandro, hijo de Antipatro; que se lo sirvió Iolas, hermano menor de Casandro, copero del Rey, á quien éste había humillado hacía algún tiempo; que Medio, amante de Iolas, fué cómplice del crimen, pues él atrajo á Alejandro al festín, en el cual, después de beber un vaso, sintió un vivísimo dolor que le obligó á retirarse; que, según no han tenido reparo en decir algunos, al verse sin esperanzas de vida, se fué al Eufrates con intención de ahogarse, para desaparecer súbitamente de entre los mortales, y hacer creer á la posteridad que, nacido de un dios, había vuelto á los dioses; que Roxana, al saberlo, le detuvo, y él le dijo llorando: «¡Ah! ¡me arrebatas los honores divinos!»

Cuento todas estas patrañas, para demostrar que no me son desconocidas, y que no las juzgo dignas de crédito.

Murió Alejandro en la olimpiada ciento catorce, siendo Hegesias arconte de Atenas. Vivió treinta y dos años y ocho meses, según Aristóbulo, y ocupó el trono doce años y ochos meses. Fué de exterior agradable y gallardo; incansable en las fatigas; de agudo y excelso ingenio; valiente á toda prueba; ambicioso de gloria; amante de peligros; muy piadoso; templado en la sensualidad; sólo insaciable de aplausos; habilísimo para elegir en circunstancias difíciles; sin rival en conjeturar felizmente; peritísimo en disponer, armar y administrar las tropas; único para levantar el ánimo del soldado, infundirle esperanza é inspirarle, con el ejemplo de su propio heroísmo, desprecio de la muerte; audaz en las empresas dudosas; maestro en anticiparse al enemigo, atacarle y envolverle, antes de que sospechase su presencia; religioso observador de lo pactado; cauto contra toda asechanza, y generoso hasta no guardar nada para sí y prodigarlo todo á sus amigos.

Su juventud, su constante fortuna, y, sobre todo, los aduladores, plaga de las cortes que rodean y rodearán, por desgracia, á los reyes, pueden disculpar las tristes consecuencias de sus arrebatadas iras y la complacencia con que imitó el lujo de los bárbaros.

Porque es preciso recordar, en honra suya, que él fué el

único de los reyes antiguos que se arrepintió sinceramente de sus faltas, pues la mayor parte, aun reconociéndose criminales, se obstinan perversamente en su delito, pensando borrar su gravedad con ocultarlo, como si pudiese haber otro remedio que reconocerlo y confesarlo y dar muestras de arrepentimiento. Así el agraviado tiene por menor una ofensa, que al fin se manifiesta que lo es, y todo el mundo adquiere seguridades y esperanza de que no volverá á repetirse un hecho cuya criminalidad se reconoce.

Tampoco el haberse dado origen divino es, á mi parecer, un delito imperdonable. Quizá con esto sólo trató de robustecer su autoridad é inspirar más respeto á sus súbditos, imitando á Minos, Eaco, Radamanto, hijos de Júpiter, según los antiguos, sin que nadie les haya censurado, y á Teseo y á Ion, que se dieron por padres á Neptuno y á Apolo, respectivamente.

Usó el traje de los persas, es cierto ; pero fué por política, para parecerles menos extranjero y hallar en ellos defensa contra la soberbia y orgullo macedónicos ; por cuyo motivo, según mi opinión, introdujo y distribuyó melóforos persas en el Agema y compañías macedonias.

Y, en fin, si gustaba de largos convites, no era por afición á la bebida, sino por complacer á sus amigos, pues, según cuenta Aristóbulo, bebía muy poco.

Los detractores de Alejandro no deben fijarse solamente en sus acciones censurables, sino considerar todos sus hechos en conjunto, antes de condenar á un príncipe que llegó á la cúspide de la humana fortuna, fué indiscutible monarca de dos continentes, y extendió su nombre por todo el haz de la tierra ; y meditar asimismo sobre su propia debilidad y apocamiento, y lo apurado y poco airosamente que suelen salir de sus asuntos. Yo creo que á ninguna nación, ciudad ni pueblo, fué desconocida la fama de Alejandro, y veo en la aparición de tal hombre, en nada igual á los demás mortales, una voluntad manifiesta de los dioses. Confírmanme en esta opinión tantos diversos sueños y visiones como auguraron su muerte ; el recuerdo de su gloria, que hoy se conserva incólume, y los oráculos dictados mucho después á los macedonios, relativamente á los honores que habían de tributársele. Yo, aunque censuro en el discurso de esta narración algunos de sus actos,

confieso, sin rebozo, que soy admirador entusiasta de Alejandro. Si he vituperado ciertos hechos, ha sido por respeto á la utilidad pública y á la verdad, para cuyo triunfo he escrito, inspirado por los dioses, la presente historia.

LAS RUINAS DE PERSÉPOLIS

POR ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS

ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.—Nació en Barcelona, en 20 de abril de 1880. Dedicóse á las enseñanzas de los idiomas, de los cuales había hecho detenidos estudios, y tradujo importantes obras de historia y literatura. Fundó un gran establecimiento tipográfico para ensanchar sus planes editoriales, pero en esta empresa perdió el trabajo y el capital empleado. Su primera obra importante fué una «Gramática griega»; fundó y dirigió *La Abeja*, revista científica y literaria; publicó varias crestomatías, etc., pero el dar la lista completa de sus obras sería ocupar demasiado espacio. Murió en 1879.

Notable se hace muchas veces que una gran fama se adquiere á muy poca costa y con escaso mérito; testigo de ello es el famoso Tavernier, á quien, á su regreso de una larga correría, se le ocurrió publicar las relación de los viajes que había emprendido con un objeto puramente comercial, y que visitó la Persia, no como una persona inteligente, ni tampoco como artista, sino pura y simplemente como un mercader. Causa enojo hallar en la obra de un hombre, cuyo nombre se ha hecho casi inmortal, unos párrafos como los siguientes:

«Antes de hacer la descripción de Schiraz, hablaré de las »famosas ruinas de Tcheelminar ó Persépolis. Para poder vi»sitar esas ruinas, es preciso desviarse un poco á la izquierda »del río. Se ven al pie de un monte varias columnas, las unas »todavía en pie, y muchas otras, la mayor parte, derribadas y »en el suelo. Un día visité estas ruinas en compañía de un agen»te de la compañía holandesa que había sido enviado para en»señar á dibujar al rey Abas II. Varios días pasó dibujando »aquellos escombros, y cuando hubo terminado, me confesó que »le dolía haber gastado tan mal el tiempo, porque la cosa no »valía la pena siquiera de dar un rodeo de un cuarto de hora. »Aquellos restos de antiguas construcciones consisten en co»lumnas rotas, en esculturas de mal gusto y en angostos aposen»tos cuadrilongos y por demás sombríos.»

No es extraño que Tavernier dijera que era perder el tiempo visitar las ruinas de Persépolis, cuando tuvo también por muy mal empleado el que gastó recorriendo las ruinas de Troya. No son tan insignificantes, ni tan poco numerosos como pretende, semejantes monumentos ; afortunadamente varios otros viajeros no han sido del mismo parecer, y Chardin, Kaempfes, Franklin, Niebuhr, y posteriormente el inglés Ker Porter, han visitado las ruinas de Persépolis, y nos han dado de ellas algunas descripciones llenas de interés y erudición, y Ker Porter, en particular, algunos dibujos de una exactitud perfecta y muy bien acabados. De esos escritores concienzudos, de esos viajeros verdaderamente dignos de este nombre, tomamos los siguientes detalles sobre las ruinas de la ciudad fundada por Djemchyd, el gran rey.

La llanura en que estaba edificada tiene unos nueve ó diez kilómetros de extensión, por un ancho que varía de uno á tres kilómetros, y está bañada por el río Aras. Los restos de Persépolis presentan de lejos el aspecto de un vasto anfiteatro, por cuanto el monte que se halla en el fondo, tiene la forma de una media luna, y parece rodearla. Las construcciones descansan sobre la pendiente del monte aplanado en forma de terraplenes ó mesetas ; y como es diferente la altura de estos terraplenes, se hallan divididas naturalmente en tres distintas partes, sobrepuestas las unas sobre las otras. Un muro de 24 pies de altura sostiene la parte delantera de la plataforma, lo propio que una parte de los lados, y presenta una admirable cortina de 1.200 pies de longitud al Norte y al Sud, sobre 1.690 pies de profundidad al Este y al Oeste. El muro, que es de figura irregular, forma veintidós ángulos, todos de dimensiones diferentes. Las piedras del muro son negras, más duras que el mármol, algunas muy bien labradas, y todas de un tamaño tal, que difícilmente se concibe el modo cómo podrían remover tan enormes masas. Las hay que tienen 52 pies de longitud ; pero generalmente tienen de 30 á 35 pies. Se hallan tan admirablemente unidas, que, al presente, después de más de 4.000 años, apenas se conocen los puntos de unión ó enlace.

El edificio principal, que parece haber sido un templo, está colocado en el centro del terraplén más elevado ; está compuesto de un gran número de columnas, que han hecho dar á esas ruinas, el nombre de *Tcheelminar*, ó las cuarenta columnas.

Los terraplenes comunican entre sí por medio de escaleras. La primera y más principal no está colocada en el centro de la fachada, sino un poco más inclinada hacia el lado septentrional. La segunda escalera, que mira al mediodía, es más pequeña, y está compuesta de treinta peldaños que en un principio eran de una sola pieza. La grande escalera es doble, es decir, compuesta de dos rampas que se alejan de la base, para reunirse en el remate. Esta escalera tiene perpendicularmente 22 pies y algunas pulgadas de altura, y está compuesta de ciento y tres peldaños ó escalones de 22 pies de ancho. Termina en un descanso de 65 pies de diámetro que comunica con un pórtico compuesto de pedestales y columnas, ofreciendo un pasadizo de 16 pies de ancho, por una longitud de 180 pies. En la actualidad subsisten todavía cuatro de estos grandes pedestales y dos columnas. Los pedestales que dan frente á la escalera, tienen 30 pies de diámetro, y las columnas están separadas de ellos una veintena de pies, al paso que están á más de 50 pies de distancia de otros pedestales.

Delante de cada pedestal hay una figura de medio relieve, de tamaño colosal, representando animales monstruosos. En lo alto están grabadas algunas inscripciones con caracteres cuneiformes que han agotado la paciencia, y es probable que causen aún por mucho tiempo la desesperación de los sabios que intenten descifrarlas. Las columnas son de mármol blanco, y estriadas como todas las demás de este monumento.

La parte izquierda del pórtico no presenta más que montones de ruinas. A la derecha hay un vasto espacio, también lleno de fragmentos de toda especie, que termina con un terraplén sostenido por un muro de unos 300 pies de longitud, y de una altura que varía de 6 hasta 10 pies. Se sube á él por tres escaleras. La del centro tiene dos rampas como la del primer terraplén. La parte occidental de este muro es donde sus restos están más bien conservados. Presenta dos hileras de bajos relieves, y una de medias figuras que el tiempo ha respetado. Las figuras tienen un poco menos de 4 pies de alto y cerca de una pulgada y media de relieve. Esta inmensa obra está todavía tan entera, que parece salir de manos del escultor. Los bajos relieves parecen representar una solemne procesión, y ofrecen el más grande interés al anticuario que halla en ellos las armas, utensilios y trajes de los antiguos persas. Después de

haber subido esta escalera, se entra en una vasta sala de 400 pies de largo por unos 300 de ancho. La parte más cercana á la escalera es la que más ha sufrido, porque una sola columna ha resistido, al paso que en la parte opuesta cuasi todas las columnas han quedado de pie, y las que fueron derribadas se conservan enteras en el suelo. Las columnas que están más cercanas las unas de las otras, distan, no obstante, unos 25 pies. Estas hermosas columnas tienen unos 56 pies de altura, inclusa la base y capitel ; cada una lleva 40 estrías de unas 3 pulgadas de profundidad. El diámetro del fuste es de 4 pies. Estos fustes son todos parecidos, pero los capiteles son de estilo diferente, como también lo es la riqueza de sus detalles. Es muy difícil poderse explicar cómo aquellas maravillosas columnas podían sostener una bóveda con techo, una cúpula, ó cualquiera otra especie de cubierta ó techo. La opinión más común es que estaban destinadas simplemente para sostener estatuas de ídolos. Atravesando el espacio ocupado por estas columnas, se halla una escalera, también decorada con bajos relieves, representando combates de toros y la caza del león. En el centro se ve una grande inscripción. Esta escalera conduce á una nueva parte del templo, la cual no tan sólo está más elevada que las otras, sino que todavía es más vasta y más espaciosa que las otras dos reunidas. Vense en ella grandes montones de ruinas que parecen haber pertenecido á varias y distintas construcciones. En la parte meridional es en donde se hallan los restos más bien conservados. Son unos espacios cerrados, de unos 15 pies cuadrados, con seis puertas y doce ventanas. El espesor de los muros y de las ventanas es en algunos parajes de unos 4 pies. Las ventanas se hallan á unos 3 pies sobre el nivel del suelo, y tienen unos 6 pies de altura.

Muchas partes de estas construcciones conservan todavía las huellas de los bajos relieves, cuyas figuras son generalmente del tamaño natural, pero algunas veces se elevan también hasta tener proporciones colosales.

En fin, en el monte, junto al cual se hallan pegadas las ruinas, se encuentran aún los restos de varias tumbas y habitaciones abiertas en la peña viva, y un pozo admirablemente conservado, cuya profundidad no es menos de 80 brazas.

CARACTERES MORALES

POR TEOFRASTO

TEOFRASTO.—Filósofo griego. Nació en Ereso (isla de Lesbos), hacia el año 372 antes de Cristo. Discípulo de Platón y de Aristóteles, á quien sucedió en la dirección del Liceo, fué desterrado de Atenas en virtud del decreto del año 316, que expulsaba á todos los filósofos. Se han perdido los escritos suyos, en que comentaba obras de Aristóteles. Nos quedan dos tratados sobre las «Plantas» y una pequeña colección de siluetas morales, tituladas «Caracteres», y que se cree sean como extractos de un tratado perdido, ya de poética, ya de moral. Atestiguan estos bocetos una observación tan fina como maliciosa del corazón humano. Teofrasto murió de edad avanzada.

DE LA SUPERSTICIÓN

La *superstición* parece sin duda ser *miedo de los genios ó númenes subalternos*. El *supersticioso*, pues, es tal: Lavándose las manos, y rociado todo con agua lustral ó bendita, sale del templo llevando en la boca unas hojas de laurel, y todo el día se pasea sin dejarlas. Si ve que una comadreja atraviesa el camino que él lleva, no lo pasará hasta que otro pase primero, ó tire tres piedras sobre el camino. Si ve en su casa una culebra, levantará allí mismo una capilla. Arrimándose á las piedras ungidas ó benditas que están en las encrucijadas, derrama sobre ellas aceite que lleva en redomitas, y para retirarse, ha de hincarse de rodillas y adorarlas. Si un ratón casualmente roe el costal donde tiene la harina, va á ver al agorero ó adivino, y le pregunta qué es lo que debe hacer. Si acaso le responde que lo dé al costalero para que lo remiende, no se conforma con esto, sino que, mirándolo con aversión, se deshace de él. Purifica su casa con frecuencia; no se acerca á los sepulcros; no concurre á entierros; no visita paridas. Cuando tiene algún sueño, va de casa en casa de los que los interpretan, de los adivinos y de los agoreros, á preguntarles á qué dios ó á qué diosa debe hacer sus votos y oraciones. El que, ansioso de ser ordenado en los misterios, va á visitar todos los meses á los sacerdotes de Orfeo con su mujer, y si ésta no está desocupada, va con el ama y con sus niños. Para salir de una encrucijada, se lava la cabeza, y, llamando á las sacerdotisas, les pide

lo purifiquen, aplicándole, ó una cebolla albarrana, ó un cachorrillo. Si ve á un loco ó epiléptico, se espeluzna de miedo y se escupe en el seno.

DEL RESENTIMIENTO INJUSTO

El resentimiento injusto ó intempestivo es *acriminación hecha á alguno sin oportunidad ó sin motivo*. El *resentido* es tal, que si le envía un amigo parte ó plato de un convite, dice al que lo trae : *Me ha excluído de su sopa y de su vino, no llamándome al convite*. Acariciado y aun besado por su amiga : *Maravilla será*, dice, *que tú me quieras de corazón*. Se indigna aun con el mismo Júpiter, no porque llueve, sino porque llueve tarde. Si se halla en la calle un bolsillo : *Seguro está*, dice, *que nunca me encontré un tesoro*. Si compra un esclavo que merece bien el precio, y esto después de haber importunado con instancias al vendedor : *Mucho extraño*, dice, *haberlo comprado en este precio y que él sea bueno*. Al que le da la noticia de haberle nacido un hijo, dice : *Si añades que he perdido la mitad del caudal, dices la verdad*. Si gana completamente el pleito con todos los votos, se encoleriza no obstante con el que hizo el pedimento ó alegato, por haber omitido parte de sus razones. Si, formándole fondo ó caudal sus amigos, le dice alguno de ellos : *Vamos, alegrarse y tener ánimo.—¿Cómo puedo alegrarme?* responde. *Pues ¿qué?, ¿no tengo que pagar este dinero á cada uno? Y, además de esto, ¿no he de estarles agradecido según el beneficio que me han hecho?*

DE LA DESCONFIANZA

Es, en efecto, la *desconfianza, sospecha de la injusticia de todos los demás*. El *desconfiado* es tal : Enviando su criado á comprar el mantenimiento ó despensa, destina otro á averiguar en cuánto la ha comprado. Cuando lleva consigo algún dinero, cuenta á cada cien pasos cuánto es, ó si está cabal. Estando ya acostado, pregunta á su mujer si cerró bien la despensa, si echó bien la llave al arca, ó si el pestillo está bien pasado en la puerta de la sala. Y aunque la mujer le responda que sí, nada menos dejará de levantarse de la cama, desnudo y descalzo, y encendiendo un candil, lo recorre y registra todo, y con todo esto apenas puede coger el sueño. Va con testigos á

pedir los réditos á los que le deben, para que no se los puedan negar. Si da á lavar su ropa, no será al que la lave más bien, sino al lavandero que tenga fiador más abonado. Si alguno llega á pedirle vasos prestados, es su mayor empeño no prestarlos. Manda al criado que le va siguiendo que no vaya detrás, sino delante, para precaver que no se le escape en el camino. Si los que toman ó compran alguna cosa de él le dicen : *Asienta en cuánto, paga ahora*, responde, *pues no tengo lugar de enviar por ella.*

DE LA ASQUEROSIDAD

La asquerosidad es *molesto desaliño del cuerpo que induce á enfado.* El *asqueroso* es el que, teniendo lepra, herpes y las uñas muy largas, trata y anda entre todos : dice que estas enfermedades son propias de su familia, y que su padre y su abuelo las tuvieron. Molesto á todos, no pone cuidado con las úlceras que tienen en las piernas, ni con los gruesos nudos de sus dedos ; y por no aplicarles medicamentos, da lugar á que se hagan incurables. Mantiene los sobacos tan ferinos y ásperos con el pelo, que llega éste hasta la mitad de los costados, y los dientes tan negros y carcomidos, que es fastidioso é intolerable. También es propiedad suya sonarse las narices al mismo tiempo que come ; y hablando cuando tiene la comida en la boca, arroja con la voz algunas partículas del bocado. Eructa al mismo tiempo que bebe. En el baño usa de aceite rancio para ungirse. Concurre al cabildo ó junta del pueblo con el vestido lleno de manchas. Si su madre va á consultar al arúspice, inutiliza los agüeros con sus blasfemias. Si cuando se está en los votos y sacrificios, se le cae ó derrama la copa en que está la libación, da una carcajada como si hubiese hecho alguna cosa admirable. Oyendo tocar la flauta, aplaude con palmas solo entre todos los demás, y cantisquea acompañando al instrumento, y aun reprenderá también á la flautista, si no deja de tocar de improviso. En fin, queriendo escupir cuando está á la mesa, echa la saliva sobre el que sirve la copa.

DE LA MOLESTIA Ó PESADEZ

La molestia ó pesadez, definiéndola en propios términos, es *trato ó comunicación fastidiosa, pero que no causa daño.* El